
3 1761 09545902 0







ESTRELLA

IMP. FÉLIX MOLINER
LEGANITOS, 54, MADRID


G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS
EL POEMA DEL TRABAJO
DIÁLOGOS FANTÁSTICOS
FLORES DE ESCARCHA
181368.
13.6.23
MADRID
MCMXXI

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID


EL POEMA DEL TRABAJO

ATRIO

DE JACINTO BENAVENTE

ATRIO

De un templo antiguo como la humanidad, cimentado sobre roca viva, levantado con primitiva arquitectura; transformado, enriquecido después con mil estilos de mil artes diversos, sin perder de su armonía en la confusión de todos ellos. Columnas de mármol, de un mármol acariciado días y días por el sol, hasta templar la fría blancura, con suave pátina de ámbar dorado; beso de luz solar. Agujas arrogantes de catedrales góticas, arabescos multicolores; el arte de los hombres expresión de su vida íntegra; transformando de continuo el Templo, como la Naturaleza, con mayor lentitud, transforma la roca cimental. Templo del Arte consagrado a la Belleza, deidad misteriosa, impenetrable en su esencia porque en ella la forma es todo y su for-

ma no es una sola. Venus, Psiquis, Madonna; corporal y tangible unas veces, otras espíritu inefable, reveladora unas veces de su presencia por su presencia misma; ídolo corpóreo para el adorador de la forma; otras veces, por místicos anhelos del alma fervorosa que por ella implora sin percibirla; revelada en el fondo del alma, sin pasar por los sentidos.

Flores de primavera alfombran el suelo y enguirnaldan las columnas del Templo, cuando por el atrio llega un joven, coronada de luz juvenil la frente, creyente con la fe batalladora del mártir, no con la resignación abatida del místico.

Canta la fuerza, la vida y el trabajo humanos; es elocuente por abundancia de sentimiento más que de palabras. Los que salís ya del Templo desengañados, los que convertisteis la religión del Arte en política social para la vida, no sonriáis desdeñosos al neófito ferviente, ni pretendáis que rece en vuestro coro con fórmulas de ritual.

Dejad que su aspiración sea mayor que sus fuerzas. Todo ideal debe ser inaccesible. Ya que no podamos volar a la altura, que al abrir nuestros brazos en aspiración de lo infinito, nuestros brazos parezcan alas. Si empequeñecemos nuestros sueños, ¡qué mezquina será nuestra vida! Si

buscamos alrededor, muy cerca de nosotros, el Bien y la Belleza, ¡qué camino tan corto! Infelices los jóvenes (hay muchos) que al emprender la jornada piensan llegar al término muy pronto... —¡Quién fuera poeta como Byron! —exclaman unos y otros...; otros rebajan todavía su ideal y se contentan con... (no he de nombrarle)... No; para los creyentes de la Verdad, sólo la presencia de Dios es digna aspiración; para los creyentes de la Belleza..., no es bastante todavía.

Jacinto Benavente.

EL POEMA DEL TRABAJO

LA LEYENDA INMORTAL

INTRODUCCIÓN

Caía la tarde: allá en la línea del horizonte, donde poco antes se fundían en armonioso desvanecido el azul turquí del cielo y el verdoso azul del mar, destacábase ahora vigorosamente ancha franja de luz, deslumbradora atmósfera de innumerables partículas de oro, en la que el sol se mecía lenta y majestuosamente antes de sumergirse en las rizadas aguas, que reflejaban temblando su imagen y que al beber ansiosas sus últimos rayos, adornaban las crestas de las olas con irisada diadema de cambiantes colores, de plateadas y refulgentes escamas.

Soñaba el poeta; soñaba mirando con fijeza la radiación espléndida con que el Sol envolvía a la Tierra en orgulloso abrazo de despedida...

Soñaba y veía destacarse sobre los brillantes rayos que le servían de fondo, gentil figura de mujer, ataviada a la manera de imagen bizantina, inmóvil y rígida; envuelta en los pliegues de recamada vestidura cuajada de innumerables pedrerías; con dulce y mística sonrisa en los labios; con ojos inmóviles y grandes; circundada por larguísima cabellera rubia, que formaba en desvanecidas ondas marco misterioso a su frente; entre sus manos de afilados dedos, sostenía, cruzándolas sobre el pecho, un manojo de flores blancas, casi marchitas, que despedía suavísimo perfume. Hablaba muy despacio, con voz apagada y melodiosa, semejante al sonido de las gotas de agua que caen en la corriente al filtrarse con desmayada languidez por las asperezas de la roca.

....

....

¡Acabó mi reinado, poeta! Tu alma apasionada y entusiasta, que en otros tiempos escuchó extasiada mis consejas, no acierta ya a traducir en su canto mis sonrisas y mis lágrimas, mis alegrías y mis suspiros. Ya no me adivinas en el

trémulo rayo de luna, ya no escuchas mi voz en el suspiro de las ramas cuando se agitan estremecidas al sentir la apasionada caricia del vendaval; ya no te hace temblar mi acento, que llega hasta ti perdido en el estruendo de la tormenta, ni palpita tu pecho deliciosamente conmovido al sentir la amorosa caricia en que envuelvo tu frente, cuando paso llevada en alas del viento entre las ruinas del antiguo monasterio, de feudal castillo.

Yo fuí el encanto de innumerables generaciones, el consuelo de muchas almas soñadoras; yo di inspiración al artista; yo engalané con vistoso ropaje el ensueño de la doncella, que supo descifrar mi lenguaje escrito en los pétalos de simbólica flor; yo, danzando traviesa en las llamas del hogar, alegré el corazón, próximo a cesar en su marcha, del aterido anciano; yo supe detener con mis alas al Sueño, dispuesto a posarse sobre los párpados del niño... Hoy la Ciencia me arroja del hogar, la Lógica me destierra de la inteligencia; hoy no encuentro en la Tierra un solo rincón abrigado donde hacer mi nido: hasta de tu corazón, ¡poeta!, último refugio de mis amo-

res, me arroja tu inteligencia, tachándome de pueril y anticuada... Me voy..., me marcho envuelta en el sudario que me presta, compasivo, el sol poniente...; fuí la *Leyenda*...; hoy no soy nada...; no me detengas, pero llora un momento la muerte de la primera imagen que conmovió tu alma, de la primera nota que te obligó a cantar...

Desapareció la ideal figurilla con el último rayo de sol, y todo quedó triste y en silencio: el poeta buscaba con ansia en derredor suyo algo con que llenar el vacío que su desaparición le había dejado en el alma...

Cerraba la noche: el mar tranquilo reflejaba la luz de la luna, que parecía querer consolarle, con su tímida caricia, de las ausencias del astro rey...; y a la entrada del puerto, semejando en sus airosas velas bandada de nevados cisnes, distinguió numerosas barcas de pesca que volvían de la tarea diaria; los pescadores, aunque rendidos en la lucha brutal por la vida, se afanaban por llegar cuanto antes, y cantaban al mirar la playa... Y buscó más lejos, y vió toda la tierra, y miró salir en apretado hormiguero

por las puertas de la fábrica hombres, mujeres y niños apresurando el paso y cantando también...; y vió a los mineros salir cantando, de las entrañas de la tierra, y al labrador volver al caserío cantando, en pos de la rendida yunta que le ayudó en su ruda faena... Y las notas de todos aquellos cánticos se unieron formando varonil melodía que decía al poeta: «No llores, no temas que falte inspiración para tu canto porque murió la *Leyenda* de espléndido ropaje y mística expresión: déjala perderse tranquila entre las olas, envuelta en su mortaja de rayos de sol: cumplió ya su misión, se extinguió su vida; pero ¡qué importa! En lugar de sus consejas suaves y tristes, canta el hermoso poema que nunca muere, la heroica epopeya que jamás se agota, la leyenda hermosa y siempre nueva, la que unió a los hombres, la que formó los pueblos, la que santifica la fuerza, la que inmortaliza la idea en el arte; la que no se duerme envuelta en brumas, mecida por brisas, arrullada por suspiros; la que crea, la que alienta, la que regenera, la que ennoblece: LA LEYENDA DEL TRABAJO.

ABRAZO INMENSO

ALZASE solitaria la montaña, cual desdeñosa esfinge, en medio del arenal desierto, destacando las líneas vigorosas de sus costados sobre el fondo gris de un cielo sin sol y sin nubes...

Allá en la cima movedizo penacho de ligeras brumas la envuelve en flotante y húmedo velo, que oculta en sombras de misterio a los pobres mortales la inaccesible cabeza del gigante de piedra... ¿Quién descifrará el enigma de la montaña?... ¿Quién?...

....

Caminaba por el arenal con paso firme y resuelto, atraído con fuerza irresistible por la silueta imponente de la montaña. Rendido llegó

al pie de ella y miró a lo alto, tratando de penetrar el misterio de la cumbre... Nada..., siempre el enigma... ¿Llegar a ella?... ¡Empeño inútil! Los escarpados flancos ofrecían inacabable serie de planos verticales, de agudas aristas, de afiladas agujas... ¡Ni un solo punto de apoyo!...

El cielo gris. ¡Quién sueña!... La cima inexpugnable y rígida. ¡Quién pretende escalarla!... El arenal árido, muerto, sin asilo... ¡Quién vuelve atrás!...

Y abrumado por aquella indiferente naturaleza, que pesaba sobre su alma como losa funeraria, se dejó caer en tierra. La sombra de la noche descendió lentamente envolviéndole en sudario cuajado de lágrimas...

¿Duerme? Tal vez: yace en actitud de reposo, y el contorno atlético de su cuerpo se pierde en la sombra. Su cabeza descansa sobre un fragmento de roca, y en su rostro se pinta el desaliento... No sueña.

De repente se estremece y alza la vista. Fantástico fulgor inunda la cumbre de la montaña, desgarrando su nebuloso sudario, e iluminada por la extraña claridad, se ve una forma de be-

lleza perfecta que seduce y arrastra los sentidos, que aprisiona el alma. Asentada con majestad sobre el gigantesco pedestal, sonríe con sonrisa tentadora y tiende los brazos en ademán henchido de promesas, mientras de sus labios se escapan frases de amoroso llamamiento, pronunciadas en dulcísimo y desconocido idioma...

La corona de brumas se retiró, condensándose en caprichosas volutas para formarle vaporoso marco.

¡Descifróse el enigma! El misterio de la cumbre es la Idea, la Idea sublime que se ofrece espléndida pero inaccesible al Trabajo, sonriéndole entre amorosa y sarcástica; deslumbrándole en desesperante espejismo, en visión atormentadora, con las mágicas y amargas promesas de la posesión imposible de alcanzar...

Contempla estático el Trabajo la fulgurante Idea: sus entrañas se abrasan en delirante fiebre de deseo...; lágrimas corren por sus mejillas como abrasada lava.

¿Para qué llegar al pie de la montaña, entrevista en sueños, anhelada en larguísimas horas de insomnio, buscada con tenacidad inaudita!

¿Para qué?... ¡Si al llegar hasta ella, si al desgarrarse ante su vista el misterio, envuelto para todos los mortales en densas brumas, vió sobre la frente de la ideal figura que allá en la cima tiene su trono, formándole enignática diadema el signo cabalístico de lo imposible!...

... No es posible alcanzarla. Es vano en aspirar a la posesión henchida de esperanzas y promesas embriagantes. ¡No será jamás suya!... ¡Pero al menos, siempre al pie del gigante de piedra, contemplará la imagen en doloroso éxtasis y llorará a sus plantas, y hará llegar hasta ella, entre las vibraciones de su voz varonil, el gemido inefable del amor que no espera!...

¡Ilusión, ilusión tan sólo!... El marco vaporoso se estrecha, el mágico fulgor se apaga; ciérrase de nuevo la cortina de brumas... La visión desaparece. ¡Qué horrible soledad! ¡Qué frío tan intenso en la noche del arenal desierto!

¿Qué hacer?... Caer sin vida sobre la tierra dura y despiadada; dejarse cubrir por el manto de armiño y diamantes de la mortal escarcha, y cerrar los ojos para siempre! Que ojos que miraron desvanecerse, después de contemplarla ena-

morados la visión peregrina de la Idea, ¿para qué se han de abrir?

. . . .

Aliento tibio, impregnado de misteriosa esencia, acaricia su frente y se posa en sus labios, comunicando a toda su sangre agitaciones de fiebre. A través de los párpados cerrados, llegan hasta él relámpagos de luces extrañas, como reminiscencias de la fulgurante aureola que contempló en lo alto.

Agitado por emoción dulcísima, abre los ojos. Inclinada sobre él, la Idea tentadora sonríe siempre. «¡Aquí me tienes, mortal dichoso! —murmura con burlona vocecilla—. ¡Alcánzame si puedes!...»

Con violento esfuerzo se incorpora el Trabajo: abre los brazos, anhelando estrechar la visión halagadora...; mas, implacable, resbala entre ellos como sombra, y emprende vertiginosa carrera entre las asperezas de la pendiente.

«¡Ah! Serás mía, seductora Idea; agotaré mi vida en conseguirte... Soy el Trabajo..., el Trabajo que, jugando audaz con la materia inerte, la somete a su antojo...; el Trabajo que perfora

los montes y deseca los mares...; el Trabajo que surca las aguas del Océano y se cierne arrogante en las ondas del aire, sobre frágil sostén; el Trabajo que aprisionó a la Fuerza indomable y salvaje, que recorría en libertad feliz los senos insondables y la escabrosa superficie del planeta, y le marcó el camino con sutil línea de flotante alambre...

¿Y tú, por impalpable e intangible, piensas que has de escaparte a mi dominio? No, mis brazos han de formarte lazo tan estrecho que no te has de escapar, aun cuando sólo seas ligera columna de coloreados vapores. Yo, a ti, incorpórea, te prestaré mi cuerpo. La materia inerte que sabré vivificar con mi labor de fiera, será digno trono de tu belleza. Y en la serena cumbre, disipadas las brumas al calor de mi esfuerzo, te mostraré a los hombres encarnada en material figura; tan hermosa, que, subyugada voluntariamente al contemplar tus gracias, halles en tu prisión nido de dichas...»

La Idea le oye sin detenerse y su risa se esparce en el aire con agudo sonido de cristal que se rompe...

Y el Trabajo tenaz sigue en pos de ella, dejando pedazos de su cuerpo entre las cortantes aristas de la roca. Unas veces la mira muy cerca, hermosa sobre toda imaginada hermosura..., y sonríe de dicha... Más tarde se desdobla la mágica visión en refracciones imposibles, y aparece en distintos senderos, ostentando en cada imagen gracias diferentes..., y él, asombrado, duda qué camino seguir para alcanzarla. Ocúltase otras veces en fantástica selva de infranqueables agujas de roca; desvanécese en brumas que pasan flotando. Ciérnese a inmensa altura sobre nubes que ascienden. Desciende de nuevo, y se arrastra perezosa, como anhelando ser alcanzada...; y de nuevo huye, y de nuevo se agita..., y el Trabajo la sigue jadeante, y dispuesto a morir en la lucha.

....

¡Han llegado a la cumbre!... Y los dos se contemplan silenciosos... La cortina de brumas les envuelve, y a sus pies el abismo les atrae con seducciones pérfidas...

¡Está a su alcance! Sus brazos al cerrarse estrecharán sin duda aquella forma hermosa que le arrastró con fuerza irresistible...

Y brilla como nunca con esplendores suaves y armoniosos, y sonríe en dulcísima sonrisa y amorosa de llama!...

¿Qué le detiene?... Acércase y con pasión de fiera la encierra en la cadena de sus brazos: acércala a su pecho y siéntese abrasado por el calor de llama inextinguible.

¡Abrazo inmenso! A su potente impulso penetra aquella sombra radiante en el ser mismo que logró alcanzarla; encárnase en su cuerpo vigoroso, revistiéndole de seductoras y suavísimas gracias...; y al despuntar el día, al fundirse las brumas, no contemplan los ojos asombrados de los pobres mortales, en la cumbre serena, las dos figuras del Trabajo tenaz y de la Idea hermosa, sino una sola y nueva forma de sin par belleza, grandiosa y varonil como el Trabajo; graciosa y seductora como la Idea: el Arte, el Arte inmortal que nació al calor de su primer abrazo.

LA CANCIÓN DE LAS GOTAS

SABÉIS qué dicen las gotas de agua al resbalar pausadamente entre las cortaduras del granito en guirnalda de lágrimas? Cantan y dicen: Somos pequeñas, nada valemos, no realizamos gigantesco esfuerzo ni titánica labor; pero cayendo una tras otra durante días y años y siglos, llegaremos a destrozar la roca... ¡Somos la Constancia!

....

¿Sabéis qué dicen las gotas de agua que, formadas en arco majestuoso, acarician con sonrisa de mil colores a la tierra estremecida y aterrorizada por la tormenta? Cantan y dicen: Somos pequeñas, nadie nos teme... Pero, al hallarnos a su paso, el rayo de sol blanco, que arrastra a

través de los espacios su monótona marcha, desdobla en nuestro seno sus tesoros, esparce sus colores, y derrama entre las ondas diáfanas del océano aéreo, guirnalda de deslumbrante pedrería... ¡Somos el Genio!

....

¿Sabéis qué dicen las gotas de agua, agitándose con danza desenfrenada en el seno de hirviente caldera, al chocar contra las paredes de su cárcel metálica? Cantan y dicen: Somos pequeñas... Pero animadas por esta extraña fiebre que nos impulsa, suprimiremos para el hombre el tiempo y la distancia; con nuestra ayuda perforará los montes; con nuestro esfuerzo salvará los abismos; con nuestro auxilio se deslizará sobre las aguas como ligera brisa..., y prestaremos alas a su cuerpo, y potencia invencible a su trabajo, y luz a sus tinieblas... ¡Somos la Fuerza!

....

¿Sabéis qué dicen las gotas de agua al descender soberbias de la cima del monte en terrible aluvión, al desbordarse indómitas del lecho del río, al elevarse sobre las olas del mar en tromba asoladora? Cantan y dicen: Somos pequeñas...,

y si una a una desapareceríamos absorbidas por un rayo de sol o un grano de arena, juntas todas cerramos el valle, y anegamos la aldea, y anonadamos, al destrozar las obras todas de sus manos, la soberbia del hombre, que creyó imponérsenos... ¡Somos la Unión!

. . . .

¿Sabéis qué dicen las gotas de agua al suspenderse en las paredes de la gruta para formar la caprichosa estalactita? Cantan y dicen: Somos pequeñas... Pero unidas por simpatía irresistible, formamos el colgante, el racimo de perlas, la aguja de alabastro, y decoramos con arabesco de irisados cristales las bóvedas del misterioso palacio que en las entrañas de la tierra edificaron las hadas... ¡Somos el Arte!

. . . .

¿Sabéis qué dicen las gotas de agua al deslizarse tembladoras en olas de ternura, de dolor o de angustia, por las mejillas de la humanidad que siente? Éstas no cantan, callan; pero dicen con su mudo lenguaje, con su elocuente e incomprendido silencio... ¡Somos el Alma!

FUERZAS LATENTES

A UNA MUJER

¿QUÉ PIENSAS? Abstraída, contemplas el hogar donde arden en combustión monótona y triste los negros trozos de hulla.

¿Qué dices? ¿Que esa hoguera sin ondulante llama, sin haces de chispas bulliciosas, aparece a tu vista como encarnación de la prosáica realidad? ¿Que ha huído del hogar la poesía al desaparecer de él el nudoso tronco que se retorcía lanzando en estallidos notas de canciones que pasaron y dibujando en caracteres de fuego leyendas que se perdieron? ¿Que ha volado con la espiral azulada de humo la antigua canción de las llamas?...

No lo creas; ese montón de negros carbones que se quema sin ruido, tiene también su leyenda, hermosa sobre toda ficción poética, porque es verdadera. Leyenda en la cual no faltan ni rayos de sol, ni oleadas de luz, ni armonías, ni aromas, ni colores; historia en la que se funden grandiosas realidades y misteriosos símbolos; cántico solemne que no sería indigno de conmover las cuerdas de la elocuente lira del cantor de los dioses.

¿Quieres saberla?... Escucha.

....

«Era en la infancia de la Tierra. Los gérmenes de vida, perdidos tanto tiempo en el seno agitado de las turbias aguas, habíanse al fin depositado en fino sedimento sobre las tierras secas, y allí, al calor suave que ascendía hasta ellas desde el seno profundo del planeta, despertaron del sueño en que dormían y quisieron vivir, pero vivir con vida potente, con vida de gigantes...; y así lo hicieron.

No estaba entonces la fecunda Tierra agotada por su labor eterna; no había el hombre hollado con su planta el astro virgen; no había penetrado

en sus entrañas para arrancar de ellas los tesoros que conservó para él cual madre amante... Y rica, y poderosa, henchida de calor y de energías, prestó a la vida que llamó a sus puertas sus inmensos poderes, y alzóse fecundada por su hálito benéfico la selva, primer templo de Dios sobre la Tierra, de infinitas columnas rectas y robustas, alarde soberano de la potencia generadora y vivificante de un mundo que nace, de una creación que despierta...

Gigantes troncos, robustas e infinitas ramas, ¿de dónde tomasteis vuestra vida, de dónde vuestra arrogante hermosura? ¿Qué manos de hada lanzaron al espacio el impalpable polvo de esmeraldas, que recogieron para formarse aterciopelado manto vuestras hojas anchas?

Derramólas el sol sobre vosotras durante largo tiempo en caricia suave y rosada como sonrisa de niño, al despuntar el alba de mañanas sinnúmero; en dorado rayo, ardiente como abrazo de amor; en infinitas tardes de constante estío; en desmayado hálito, lánguido y tibio como suspiro de dicha; en innumerables horas de melancólico crepúsculo... Las bebisteis en

oleadas de aire humedecido, caldeado con calor de nido por el abrasado regazo de la Tierra.

¡Calor, luz y colores! De ellos nació la vida en la selva, y después de moverse en el espacio, de recorrerle en ligeras ondulaciones, de agitarle en vibraciones imperceptibles, se encerraron en los robustos troncos y durmieron tranquilos.

. . . .

¿Qué se hizo de la exuberante vegetación que cubría la tierra virgen? ¿Dónde está el tronco recto de la gigantesca conífera; dónde el penacho de recortadas hojas que coronaba con gentil presunción al majestuoso helecho; dónde el plegado abanico de las flexibles hojas de airosa palmera?

El agua que cubría la marisma envolvió poco a poco en sus fangosas ondas los troncos seculares...; la selva sucumbió, y arrastrada lentamente a los senos profundos de la tierra, durmióse en su sepulcro y permaneció silenciosa e inactiva millares de años...

El calor y la luz y los colores parecían perdidos. ¿Cómo encontrar sus huellas en el hacinamiento monstruoso de informes carbones?...

Pasaron siglos. Sacó el hombre del fondo de la

mina, con trabajo inaudito, el negro combustible.

¡Contémplale! Permanece impasible; mas dentro de él se atropellan anhelando rasgar el negro sudario que les cubrió durante tantos siglos, las fuerzas bienhechoras que en remotas edades dieron vida a la selva gigantesca y hoy se ostentan de nuevo satisfechas, creando tibia atmósfera para su hogar y adornando su dicha con hermosa corona de luces amarillentas y rojizas y protegiéndola con maternal caricia de calor suave.»

. . . .

¿Sonríes? ¿Acaso no te gusta la leyenda? ¿No encuentras grandioso sobre toda grandeza el mágico letargo de la fuerza, encantada tantos siglos en su inmenso sepulcro?

¿No se conmueve tu alma al contemplar dormida en un trozo de hulla la luz del primer sol que iluminó la Tierra?

¿Que hallaste en mi relato un símbolo profundo? Cállate, hermosa, y no digas a nadie la moral que encontraste en mi leyenda; porque ¿quién podrá hablar en nuestro triste y moribundo siglo sin sentir el rubor de la vergüenza de energías latentes?...

NIEBLAS

La luna caminaba lentamente, próxima ya a terminar su carrera nocturna. El paisaje, iluminado por su resplandor indiferente, se dibuja con limpidez, poniendo de relieve el marcadísimo contraste de luz y de sombras, las más pequeñas salientes, las más finas aristas... Todo está inmóvil, como petrificado y adormecido por aquella luz blanquísima y helada que desciende del astro de la noche, envolviendo a la dormida tierra en rayos de nieve... El mar tranquilo..., el campo silencioso..., la ciudad callada... Va a amanecer... Brumas ligeras ascienden del mar...; vaporosa niebla desciende de lo alto; reúnense formando tenue cortina que vela el paisaje con suavidad

encantadora... Los acentuados contornos se desvanecen en curvas suaves; el paisaje pierde su dureza; se alejan y confúndense los términos, y rocas y plantas, revestidas de fantástico disfraz, danzan en confusión llena de encantos.

...Siguen subiendo las brumas lentamente como aspiración incomprendida de espíritus inquietos. Sigue cayendo de lo alto la niebla como rocío bienhechor de aspiraciones sobrehumanas...; el manto se espesa...; obscurécese el paisaje, retírase la luna entristecida...; nada se ve.

¿Perdióse acaso el paisaje, que deleitaba la mirada absorta?... No; duerme envuelto entre las brumas, ¡duerme tan sólo!

....

....

Amanece: entre cortejo de rosadas nubes álzase el sol; sus rayos atraviesan las nieblas que, estremecidas al sentir su calor vivificante, se deshacen en diminutas gotas de rocío: pósanse dulcemente sobre las hojas, sobre las flores, sobre la roca enhiesta, sobre la torre altísima, sobre el humilde techo, y reflejan en infinitos espejos la luz del astro rey... El paisaje aparece de

nuevo, cubierto ahora por lluvia de diamantes.

. . . .

. . . .

Duermen, tal vez, inmóviles, iluminadas por helados rayos de egoísta indiferencia, masas humanas..., ¡y son felices! ¡Que el panorama inerte, sin luces ni colores, de rutinas eternas, paréceles hermoso!...

Brumas de ideales, nieblas de aspiraciones levantadas, ¿por qué enturbiáis su clara indiferencia?...

¿Perdióse la belleza en la borrasca? ¿Desvanecióse en vuestro seno la Verdad inmutable? ¡No; que los rayos de entusiamo, el bienhechor calor de la labor constante, resolverán las brumas en diamantina lluvia de fecundos hechos!...

ORQUÍDEAS

AL LABORIOSO PERIODISTA X

PERFUMANDO con aroma embriagante el laberinto de la selva, balancea graciosamente su aérea corola la gentil orquídea. En las recónditas cavidades de su cáliz yace el fecundante polvo de oro, que ha de producir nuevas vidas, penetrando en otras corolas, también aéreas y también gentiles, que balancean a distancia sus ligeros pétalos coloreados de riquísimos y variados matices.

Deliciosos estremecimientos agitan los sutiles estambres, los flexibles pistilos de las flores que gimen separadas, anhelando en vano fundir sus vidas frágiles... Olas de aire las separan y mori-

rán estériles sin dejar como huella de su vida, otra vida.

Describiendo, en su vuelo caprichoso, complicados arabescos; haciendo sonar las alas con satisfecho orgullo de sí mismo, acércase a la orquídea el bullicioso insecto, ávido de beber en sus entrañas el néctar que fabricó inconsciente. Introdúcese con delicadeza en el cáliz y recoge entre las pestañitas vibrátiles que cubren su cuerpo, el polvo de oro que yacía en el fondo. Lánzase después satisfecho al aire transparente, y vuela en busca de otras corolas que le sirvan su jugo azucarado, y al llegar hasta ellas deposita en su seno, que palpita de gozo, el polvo fecundante que recogió en su cuerpo... Y la vida surge, y el nuevo organismo se elabora allá dentro.

. . . .

¡Cerebros ricos, inteligencias poderosas y fecundas, elaborad en vuestro seno con incesante actividad teorías fecundas y regeneradoras!... No importa que encerradas en el baluarte inexpugnable de vuestro genio, cerniéndose en alturas que dan vértigo, parezcan destinadas a

perderse estériles en las regiones etéreas de la especulación, sin producir en las masas que se agitan a vuestros pies, sedientas de verdades, resultados benéficos...

¡No temáis, inmortales! ¡Trabajad sin descanso! Que no ha de faltar nunca el laborioso insecto que, agitándose incesantemente en círculos al parecer caprichosos, sepa llevar guardado entre sus alas, hasta el sediento pueblo que tan lejos se encuentra de vosotros, el polen fecundante de la idea.

LUCHA ETERNA

El gigantesco anillo que rodea el astro, como nimbo de fuego, se rompió en mil pedazos. Multitud de mundos nuevos fueron lanzados al espacio, y emprendieron vertiginoso movimiento...

....

El recién nacido planeta dió comienzo a su eterna carrera en el infinito del tiempo y del espacio... Afanábase por concentrar en torno suyo las impalpables e incandescentes moléculas que huían de su centro... Giraba y giraba, envuelto en su atmósfera de fuego, radiante, luminoso, derrochando el calor y la luz que le sobraban, dejando perderse estériles en las tinieblas heladas del espacio, los tesoros de fuerza que se es-

capaban de su seno en caldeados vapores... Perdidos en aquellas glaciales y sombrías regiones, sintiéronse morir de nostalgia, recordando el calor amoroso del astro que les dió vida...; no hallaron simpatía que respondiese a su generosidad, y concentrándose en sí mismos, perdieron su brillo, condensáronse en gotas, y volvieron a caer en torrente de lágrimas sobre la superficie del planeta. Lágrimas de decepción, de desencanto, de *frío...*, cayeron heladas sobre la incandescente superficie, y reanimadas de nuevo, de nuevo se alzaron en abrasadas nubes, arrastradas por la ilusión de comunicar su calor al ambiente glacial e indiferente que las rodeaba; y otra vez el frío les apagó los fuegos, y otra vez volvieron a precipitarse en lluvia de llanto sobre el planeta, y hallaron de nuevo calor... y volvieron a elevarse y a caer...; y así una vez, y otra, y cien más.

Y renaciendo la levantada aspiración y el noble esfuerzo, y repitiéndose la desilusión y el desencanto mil y mil veces, el torrente de lágrimas apagó el incendio del astro en la superficie, y el fuego sagrado se replegó en el fondo, y for-

móse tenue película sólida que le separó del helado ambiente, incapaz de comprenderle, indigno de ser iluminado por él... Y en la vasta superficie, donde jugueteaban en rosadas lenguas los encendidos vapores, extendió sus olas el mar de llanto...

....

Luchaban con titánico esfuerzo el fuego y el agua..., que aunque replegada y escondida allá, en los senos profundos del planeta, no perdió la fuerza, sus ideales, ni sus entusiasmos... Y aunque ya, aleccionada por la experiencia, no aspirase a caldear con su hálito las inacabables regiones del infinito, en su ansia de bien, quería, sin embargo, crear algo sólido; limitado, ¡por triste suerte!, pero firme; algo donde pudiera desarrollarse la vida universal, donde se alzase el vegetal, donde alentara el animal, donde pensara y trabajara el hombre... Y el mar de lágrimas gemía en inefables rugidos y se esforzaba por sumergir la obra del fuego en sus ondas amargas, repitiendo en tonos lúgubres, al estrellarse en las recién formadas costas, la elegía eterna de la ingratitud y el desencanto.

¡La lucha fué tremenda, larguísima! Los dos adversarios pusieron en juego todas sus energías, y el planeta, sacudido por sus esfuerzos desesperados, se retorcía en espantosas convulsiones... Se acabaron sus esfuerzos... Disminuyó el calor.

¡Vencía el mar! Las aguas se extendieron sobre la superficie, cubriéndola casi totalmente; sólo escasísimas porciones de tierra firme recortaban aquí y allá su majestuosa extensión, rindiendo, al reflejarse en la movediza inmensidad, involuntario homenaje al poder incontrastable, a la terrible belleza de su enemigo. ¡Que hasta la imagen de las tierras tiembla de espanto al mirarse perdida en el desierto de amenazantes olas!

Vencedor..., pero aún ambicioso, introducíase con solapado y tenaz esfuerzo entre las cortaduras de la costa, queriendo arrancar, arena por arena, al humillado competidor su limitado imperio, ahondando, minando, avanzando tierra adentro, perforando las rocas, dibujando caprichosos golfos y profundos senos de abruptas e inaccesibles orillas.

Vencedor y orgulloso..., allá donde su imperio es más extenso, duerme tranquilo, reflejando el cielo como bruñido espejo, y tanta es su calma y tan profunda su serenidad, que los hombres le han llamado *Pacífico*.

Duerme y duerme en paz... Es el *amo*.

¡Ah, no vendrán las tierras a disputarle su dominio en aquella inmensidad donde ha extendido sus amargas y engañadoras olas! ¡No vendrá el fuego a comprometer, con sus indomables arrebatos, la calma indiferente de que disfruta! ¡Ya sabrá él apagar toda llama, ahogar todo entusiasmo, en gigantes olas de excepticismo!... Venció y descansa.

....

Tenuísimo rumor se percibe en el seno de las aguas.

¿Quién trabaja? ¿Quién se agita en el fondo? Es la madrépora microscópica, el póbipo casi invisible... Se esfuerza, se agrupa, produce con tenacidad, de su propio organismo, pequeñísimos materiales...; calla y obra en silencio... Y del fondo mismo del mar, van surgiendo en misteriosa creación millares de puntos sólidos,

que se agrandan, que se unen, trazando el contorno de futuros e inmensos continentes, que han de rechazar las aguas, impotentes para sumergirlos.

....

¡Vencerán las tierras!... ¡Que si el mar de llanto apagó con las olas amargas del excepticismo los fuegos del ideal, de entre esas mismas olas nació el organismo microscópico, que con su trabajo tenaz y silencioso, echa los cimientos de grandiosos y desconocidos continentes!

ASTROS MUERTOS

Sucede muchas veces, que en las regiones del espacio, donde giran los soles rodeados de corte respetuosa de planetas, se apaga un astro. Después de haber lanzado en todas direcciones durante largos siglos los rayos de su luz, extínguese de pronto; su masa obscurecida recorre aún algún tiempo, sumergida en mareas de tinieblas, el camino que un tiempo atravesara con desmedido orgullo, dejando en pos de sí huellas de vida disueltas en sus rayos. Luego se rompe; los fragmentos inertes de su masa, atraídos por fuerzas diferentes, ruedan por el espacio, y se pierden por fin en una atmósfera que compadecida les presta un sepulcro.

Murieron; pero el último rayo que lanzaron como suprema y triste despedida al Universo, no se perdió con ellos. Emprendió su camino, cabalgando sobre las ondas impalpables del éter, y recorre mundos, hablando a cada estrella que encuentra a su paso de la historia del astro que murió.

A millones de leguas de aquel mundo, encuéntrase la Tierra. El rayo que en tiempos se desprendió de un sol agonizante, después de caminar miles de años, ha llegado a la atmósfera terrestre y pinta en ella la imagen de la estrella que hace mucho tiempo que no existe... Y aún hay almas amantes que contemplan en éxtasis de dicha el fulgor de aquel astro, y aún hay sabios que estudian su figura, y aún es su vida realidad engañosa, después de miles de años de su muerte.

....

Cayeron para siempre del pedestal en que los asentaron antiguos fanatismos, millares de ídolos; pero el último rayo de esplendor que lanzaron al mundo en su agonía repugnante, aún se cierne en la atmósfera, y deslumbra a las masas con infame espejismo.

¡Álzate, Humanidad, que así te arrastras a los pies de cadáveres hediondos, y convierte tu amor y tu entusiasmo a realidades jóvenes y sanas! No gastes tus alientos en adorar vetustos ideales, incorpóreos fantasmas de fingidas grandezas. Esas constelaciones que deslumbran tu vista con el engaño doble de la servil costumbre y la distancia, son ya tan solo tristes agrupaciones de *astros muertos*.

AZUCENAS

En el fondo del valle, a orillas del arroyuelo que lanzaba hasta ella en temblorosas gotas, alegre saludo, creció la planta. Pequeñita y humilde, extendía sus ramas, mirándose complacida en el cristal del arroyo, que amigo cariñoso, mecía su imagen entre olas diminutas y bulliciosas.

¡Qué alegre vida! La primavera vestía con galas exuberantes el valle todo. ¡Manto de flores; olas de aromas, disueltas en mares de luz dorada; vivificantes brisas; fragmentos de canciones recorriendo el espacio en ondulaciones majestuosas, repercutiéndose en ecos al chocar con las vertientes de las montañas; nidos que despiertan, vidas que amanecen, amores que se

ciernen cantando dichas!... Todo cubierto por un cielo sin nubes, trono de zafiros, donde descansa el astro rey en mitad de su carrera...

¡Planta feliz! Vivió tranquila en el florido valle, apropiándose de la vida que hasta ella llegaba disuelta en oleadas de luz; y así pasaron muchos días... Pero una tarde, viendo al Sol ocultarse tras la montaña que cerraba para ella todo horizonte, suspiró y dijo:

«¡Qué hermoso debe ser vivir allá arriba, en la cumbre o en la vertiente de esa altanera mole; sentirse acariciada por el aire diáfano de las alturas! ¡Tan cerca del Sol! ¡Mirando con despreciativa compasión al valle; compañera de las grandiosas coníferas, siempre verdes, que señalan al cielo como dedos gigantes!...

¿He de morir ignorada en el fondo del valle? ¡Imposible! Pero ¿cómo llegar hasta la cumbre? La fiebre del deseo agostó la planta. Marchitáronse sus flores; esparciéronse en tierra sus semillas; secáronse sus ramas, y cayó desfallecida al borde del arroyo. El primer cierzo de otoño la arrastró hasta las aguas, y ellas, amigas siempre, entreabrieron su seno para recibirla, y la

llevaron en sus brazos, improvisando para sus exequias, armoniosas canciones.

....

La diminuta semilla quedó en el suelo. Desnuda y temblorosa, veía con terror acercarse el invierno, temiendo sucumbir a su hálito mortal. Replegóse en sí misma resignada, y esperó la muerte.

Huían las golondrinas. ¡Quién pudiera como ellas volar muy lejos, en busca de ardientes rayos y caldeadas brisas!... La última de la bandada la recogió en el pico y remontó el vuelo. Al pasar sobre la montaña, dejóla caer.

Desvanecida, rodó la semilla por la pendiente sin encontrar asilo; por fin, en el ángulo formado por dos guijarros, halló un amontonamiento de tierra blanda y negra. Envolvióse en ella, y se durmió profundamente.

Llegó el invierno. Cayendo en ligerísimos copos desde el cielo a la tierra con acompasada cadencia, apareció la nieve. Cubrió el monte y el valle. Abajo, hollada por el hombre, se mezcló con la tierra y convirtióse en repugnante mar de fango. En la serena cumbre permaneció in-

maculada, no pudo el hombre profanarla con el soberbio alarde de actividad febril con que, iluso, pretende avasallar a la Naturaleza.

La diminuta semilla continúa durmiendo, envuelta en el blanquísimo sudario. Todo cuanto la rodea la cree muerta...

Pasó el invierno. Volvió la primavera llevada en alas de mariposas. Por el primer rincón azul que logró desgarrar en el cielo la gris monotonía del manto invernal, filtróse danzando y riendo un rayo de sol. Jugueteó sobre la blanca alfombra, que le rechazaba indiferente. Enamorado en tiempos de la gentil semilla que dormía en la tierra, quería llegar hasta ella; pero la helada nieve le negaba el paso, presentándole la impenetrable coraza de sus delicadísimas estrellas... A fuerza de caricias consiguió, sin embargo, el rayo de sol vencer su fiereza, y deshecha en lágrimas, a impulso de emoción jamás sentida, rodó por la pendiente en raudal de perlas, tibias por el calor de los besos de aquel dorado rayo...

Fundidos en estrechísimo abrazo, llegan el rayo de sol y la deshecha nieve, a través de la

tierra, al rincón aquel donde dormía la semilla, y la envuelven en húmeda y caldeada caricia. Al sentirla estremécese, se agita y despierta. Los tesoros de vida que encierra en su seno, emprenden vigorosa labor, y de aquel organismo diminuto, que durmió tanto tiempo bajo la nieve, brota la planta.

Hermosa, fuerte, álzase en las alturas, meciéndose suavemente en el aire saturado de aromas. Abre sus flores; gentil corola de blanquísimos pétalos, retrata en su matiz inmaculado el esplendor del manto helado que le sirvió de abrigo. Surgiendo airosos del fecundo cáliz, ligerísimos estambres dorados, copian al inclinarse movidos por las brisas sobre la inmaculada corola, la sonrisa del rayo de sol que juguetea acariciando la nevada cumbre.

ESPUMAS

Partout la vague est habitée
par des myriades d'êtres...
W. DE FONVIELLE.

UNA negra y ligera golondrina que ha llegado a mi lado una mañana azul de primavera, desde tierras remotas, atravesando en vuelo apresurado mares, desiertos y colinas, me ha contado una historia interesante.

¿Sabes, me ha dicho en su charla rápida y aguda, sabes qué he visto en mi largo viaje?... Crestas de espuma blanca meciéndose en las olas de los mares...

¡Crestas de espuma blanca! ¿Tú sabes lo que es eso? Vestiduras de encaje que se ciñen las ninfas del Océano, las llaman los poetas; burbujas de aire transparente que el batir de las olas ha robado a la atmósfera y ha mezclado a las

aguas... Algo que centellea con reflejos de nácar y se agita inconsciente; algo cambiante y dócil que se adapta a las formas infinitas de los mares inquietos, a los que sirve de ideal corona. ¿Nada más que eso?... No lo creas, poeta; la espuma de las olas no es sólo espuma. En cada uno de esos montecillos de nieve y perlas se agitan infinitos infusorios que viven y que mueren, ¡que acaso sufren!

Son tan pequeños, que vosotros, orgullosos mortales, deslumbrados por la luz de vuestra atmósfera, no podéis daros cuenta de su vida en los días radiantes que se suceden con uniforme marcha... Pero en la noche obscura, centellean con reflejos de incendio y adornan la ondulante superficie con fulgurante manto.

¡Brillan porque son muchos y se unen! Y si un día sucumbe el cetáceo monstruoso que les despreció en vida por pequeños y humildes, su cadáver flotante es bien pronto presa de aquellos diminutos infusorios, que se lanzan sobre él en multitud hambrienta y devoran su cuerpo.

¿No has visto nunca fuera de los mares espumas despreciadas que se agitan? No las desde-

ñes; porque en su seno, al parecer vacío, viven multitud de seres, que aunque pequeños, brillan al unirse, y en la lucha devoran, tal vez, al poderoso que las creyó insensibles e incapaces de actividad y sentimiento propios.

PAISAJE

Detúvose el tren en la estación: un empleado anunció a gritos el nombre del pueblo, y algunos, pocos, viajeros salieron de los coches y se esparcieron por el andén... Estaba la mañana deliciosa: el paisaje, saturado aún del fresco ambiente de la madrugada, acicalado, coquetón, como chiquilla vanidosa, ostentaba con fingida naturalidad sus galas todas... Un valle del Norte, al pie de las montañas de Reinosa; a la derecha mucha pradera húmeda de gotas de rocío; graciosos grupos de árboles de follaje distinto; obscuros castaños, plateados nogales, gentiles acacias, mimosos sauces, y en todos los linderos zarzas hurañas, por entre cuyas bien defendidas ramas asoman sus

curiosas cabecitas encarnadas y negras centenares de moras que se ríen de todo lo que miran.

El Sol también se ríe. El que suele hacer gala, en aquel olvidado rinconcito, desoyendo tendencias modernistas y siguiendo las modas de sus buenos tiempos, de aritócrata lacrimoso y romántico, salió aquella mañana, por azar inaudito, con ganas de juego, y olvidando rancias etiquetas, y despreciando estudiados y ceremoniosos deberes de dignidad y rango, corretea ni más ni menos que cualquier chiquillo burgués y mal educado, jugando al escondite en las enmarañadas copas de los árboles, persiguiendo a través de la pradera a las gotas de rocío, que fingen asustarse de sus rayos y se esconden con risa socarrona entre las afiladas hojas de la hierba...

A la izquierda, el terreno desnudo, elevándose con severa monotonía en escalones fríos y uniformes, como trazados por la mano prosaica de la ciencia. Cortes geométricos ponen al descubierto el seno de la tierra, que se muestra adornado de matices anaranjados, amarillentos, rojizos. Es el yacimiento de calamina, que el

hombre ha descubierto en aquel valle escondido, y que explota con ansia. Al borde mismo de los estrechos escalones se deslizan sobre insegura vía con alegre chirrido, las vagonetas cargadas de mineral, y los gritos de los obreros se pierden en el purísimo ambiente de la mañana.

En el fondo, casi reclinado en la falda de la montaña, sonríe el pueblecillo, rodeado de espesos cajigales, y envía como avanzada sobre el risueño caminito que conduce a la estación, media docena de coquetonas *villas* de recreo...

Uno de los viajeros no se instaló al salir, en la respetable y vetusta tartana, que esperaba a la puerta de la cantina la llegada del tren. Quería sin duda respirar a sus anchas en aquella espléndida mañana, y echó a andar lentamente, contemplando con gozosa indiferencia el paisaje.

A mitad de camino, para dar paso hasta una de las villas separada de la carretera por un arroyo diminuto y saltarín, había un puentecillo de tablas, precisamente a su lado e inclinando sobre él ramas para darle sombra, un grupo de acacias se balanceaba graciosamente; parecían querer detener a todo el que a su lado pasase,

con el vistoso aparato de sus ramas floridas; pregonando con la voz de su aroma, delicias y placeres ignorados, que se escondían seguramente más allá del puentecillo, como charlatán de feria que se desgañita a la puerta de su barraca ponderando con voz chillona las nunca vistas maravillas que se ocultan del otro lado de la pintarrajeada muralla de lienzo.

El viajero se dejó seducir por el reclamo y cruzó el puente.

Al otro lado, el arroyo encontraba un montón de pedruscos. ¡Valiente contratiempo! Aquellas antipáticas piedras se obstinaban hacía mucho tiempo en cerrarle el paso, y permanecían inmóviles y tiesas, como viejos y rancios preceptistas, empeñados en marcarle el camino y en obligar al agua bulliciosa a torcer sus impulsos y a sujetarse a reglas formalistas. ¡A buena hora! Él despreciaba cánones y moldes, y saltaba sobre ellas colándose entre sus intersticios, salpicándolas de blanca y revoltosa espuma, y cantando entre alegres carcajadas: «Yo quiero lucha».

Entre sus aguas claras se agitaban los peces:

creyó al principio el pobre caminante que jugaban. ¡Jugar! ¡Pues y la vida! ¡Y la presa diminuta, casi microscópica que flotaba en las aguas! Es preciso alcanzarla; es una sola, y los peces son muchos, y se agitan y saltan con grotescas contorsiones, y en cada uno de sus movimientos vivos y animados, repiten con enfurruñado acento: «Queremos lucha».

Vuelan entre las ramas de los árboles dos pajarillos; parecen perseguirse en caprichosos círculos trazados en el aire; acaso se persiguen para contarse amores. ¡Amores! Un insecto diminuto se agita susurrando entre los dos; se miran, y prosiguen sus sabias y complejas evoluciones, haciendo gala de estrategia profunda, y chillan con agudas e insultantes vocecillas: «Queremos lucha».

Allá en la villa, apareciendo en rústica ventana circundada por movedizo marco de hojas, flores y pámpanos, se destaca una rubia cabecita, tan traviesa y risueña como las moras que en la pradera se asoman entre espinas en las zarzas. Los ojazos muy negros se fijan en los ojos asombrados del joven que la mira absorto,

y parecen decir con su sonrisa provocativa y maliciosa, repitiendo la frase de la espuma que salta, de los peces que bullen, de los pájaros que se agitan: «Queremos lucha».

HISTORIAS DE ALMAS (1)

DÓNDE? ¿Cuándo? ¡Qué importa!... Para contar dolores y alegrías, embriagueces de dicha y tormentos de infierno, ¿interesan acaso tiempos ni lugares? Espacios infinitos, ¿os mide ni os define la estrella que recorre fugaz vuestros senderos de éter, dejando tras de sí luciente estela? ¿Sobre qué altura se cernió la nube, agitada por vientos de tormenta? ¿Cuál es el nombre del picacho que la atrajo, y sobre cuyas descarnadas aristas se deshizo en raudales de aguas claras?... ¿Qué continentes deja a sus pies la negra golondrina al cruzar mares de aire, en busca de calor para su nido?... ¡Nombres y fechas! ¡Inútiles aliños de un poema!... Alma

(1) Introducción a varios poemas en prosa así titulados.

agitada por tormentos de pasiones, ¿qué importa que aquel cuerpo que te sirvió de marco haya vestido la clámide o la túnica, que aquellos ojos, por los que asomaste circundada de cortejo de lágrimas, tantas y tantas veces, se hayan abierto al resplandor dorado del sol de Grecia o a la luz de la Campania augusta?... ¿Qué importa que hayan recibido fulgores de incendio en las vegas andaluzas, o suavidades y languideces de estrella que se apaga en los hielos del Norte?... Lo que interesa al alma del poeta, el soplo misterioso que ha de agitar las cuerdas de su lira conmoviendo a sus sones las fibras todas que se sienten esparcidas por el mundo, es el eco profundo y sostenido de la pasión humana, que saliendo caldeado del pecho mismo que agitó, hace saltar de gozo, o palpitar de angustia, todos los corazones capaces de abrigar aquel latido con cariño de hermanos.

....

Vagaba solitario por el mundo, ¡tan grande!... Tenía una guitarra, mi única y amorosa compañera. De su astil, carcomido por el paso cruel de muchos días, pendían en vistosa esca-

rapela cintas azules; agitábanse a impulsos de las brisas y decían llorando: «Venid a mí suspiros y caricias; venid a mí, lamentos y gemidos; venid a mí, las dichas; venid a mí, las penas»... y vinieron... Y a mi paso por valles y montañas, por aldeas y villas, por palacios y cabañas, llegaron, agitándose en el aire como enjambre de mariposas, notas lanzadas por humanos pechos en momentos supremos; canciones tan alegres como voces de niños que despiertan; baladas tan tristes como vidas muy jóvenes que acaban... Posáronse en caricia melancólica sobre las cuerdas..., y allí han dormido silenciosas, horas muy largas... Hoy una mano amante descolgó la guitarra e hizo vibrar las cuerdas dulcemente..., y a su impulso han saltado a los aires las notas que dormían. ¡Escucha!... Cuentan historias de almas que vivieron, no se sabe dónde ni en qué tiempo; pero cantan amores y tristezas...

Esqueletos de dramas... Ecos de canciones que se recuerdan... ¡Escucha! ¡Escucha!

DESILUSIÓN

EPÍLOGO

A MI MUSA

Sobre el azul sereno y profundo del mar Jónico, envuelta en dorada atmósfera, destácase la isla como esmeralda engastada en corona de oro y esmaltes. Entre las costas, floridas como jardines de hadas, álzase un promontorio. Amontonamiento de inmensas rocas, tal vez escalón asentado por los Titanes para escalar la cumbre del Olimpo, extiende sus dislocados miembros en actitudes de esqueleto, y finge en las quebraduras de su descarnada mole, muecas y contorsiones siniestras de calavera que se ríe al contemplar la imagen de la vida por los horribles huecos de sus órbitas vacías.

Sobre la triste roca, como desafiando a la muerte al elegir lugar de descanso en su mismo imperio, están dos muchachos, encarnación la más perfecta de la vida, rica en savia, abundante en calor y en indomables energías. Visten con desaliño el pintoresco traje de los campesinos griegos... Muy jóvenes los dos, abstraído y soñador él, parece abrumado por el peso enorme de un pensamiento inmenso. Sonriente y expansiva ella, encarna la imagen de la Naturaleza virgen, ofreciendo generosa los tesoros de alegría que encierra en su seno, para consolar al espíritu que la busca ansioso al sentirse desfallecer en la lucha por la idea.

Envueltos en el horizonte sereno, infinito, sin roca que le corte, sin tierra que lo limite, pueden creerse perdidos en el seno de la Naturaleza, único campo capaz de contener las inacabables aspiraciones de sus almas.

Enlazados con abandono en confiado abrazo, inclínanse sobre las asperezas de la roca y contemplan el mar que gime a sus pies incomprendidas melodías.

De repente, acercándose juguetona a la costa,

mecida, acariciada por los vaivenes de las olas blancas y azules, aparece una medusa. Azul, rosada, violeta; colores de ilusión, de caricia, de deseo... Flota en las aguas..., extiende sus brazos de mil colores con ondulaciones suavísimas e incitantes..., aparece..., se sumerge..., vuelve a aparecer; tan pronto semeja desplegada y blanquísima vela latina, rosado pabellón, azulada cúpula; ostenta con inconsciente coquetería, variedad inmensa de formas y colores...

Al verla, un mismo impulso agita el alma de los dos muchachos, el deseo imperioso de poseer la animada joya, que parece incitarles a alcanzarla con su movilidad tentadora y desesperante. Se miran, y al ver él, reflejado en los ojos de ella, el mismo deseo que le conmueve, despréndese de sus brazos, y saltando con vigoroso esfuerzo se precipita en las aguas... ¡Traidoras aguas! Serenas en la superficie, se agitan en el fondo con violentas convulsiones, y se estremecen con salvaje placer al sentir sujeto por la húmeda y mortal caricia de sus mil brazos, al hombre, su presa siempre codiciada. Enlazan su cuerpo con insidioso abrazo, tratando de arras-

trarle a los fantásticos alcázares del fondo; envuelven su cabeza en mallas de plateada espuma, estampan en su boca amargo y embriagante beso, agotan todo su poderío para hacerle suyo, pero es en vano; la mirada profunda de la muchacha le sigue, circundándole cual protector escudo, y él lucha desesperadamente y avanza en pos de la inquieta medusa, que cómplice de las aguas, le arrastra con sus caprichosas ondulaciones, alejándole de la costa, desplegando ante él en infinitas formas seducción infinita.

. . . .

. . . .

Logró alcanzarla... y vuelve a la roca, nadando penosamente, abrumado por el doble peso de la fatiga y la desilusión. Que al aprisionar entre sus manos la presa apetecida, al arrancarla del seno de las aguas, vióla perder todos sus encantos, y no trae a su amada como trofeo, la joya viviente que contemplara en su ilusión, el haz de colores que sedujo su vista e incitó su deseo, sino informe masa de substancia gelatinosa e inerte que se enrosca en desmadejados filamentos a sus manos heladas.

Llora, llora de rabia al arrojar a los pies de la muchacha el triste premio de la lucha, y no se atreve a levantar la vista; pero ella, risueña y animosa, le estrecha entre sus brazos y le dice, iluminando su alma con sonrisa inefable: —No llores la ilusión desvanecida; no llores porque perdió su forma entre tus manos la medusa. Es fea, no tiene colores ni belleza, pero luchaste por alcanzarla para mí..., ¡y eso me basta!

. . . .

. . . .

¡Musa mía! Compañera amorosa y constante, compartiste conmigo dichas y penas. Un día, ¿te acuerdas?, abrumado yo bajo el peso de la desilusión y el desencanto, me miraba en tus ojos: sostenido por ti, me incliné sobre el borde de la roca, y mágica visión deslumbró mi alma. En el mar azul y sereno del arte, flotaba una idea: hermosa, radiante, acariciadora, danzaba entre las inquietas olas que para darle albergue habían revestido su fiereza con encajes de espuma. La vi estremecerse tentadora, y anhelé alcanzarla. Te miré; en tus ojos, que seguían inquietos la halagadora idea, se pintó el deseo; tus brazos se

tendieron hacia ella, y mostrándomela con ademán imperioso, dijiste: «¡Alcánzala!»... Y me lancé en pos de ella...

¿Qué soñé en el camino?

Soñé, por ti, vestirla de ropaje espléndido; soñé formar con ella collar de perlas para tu cuello, sarta de corales para tus negras trenzas, lluvia de besos para tus labios.

....

....

Quise ponerla a tus pies envuelta en manto de iris, perfumada con aromas de dicha, circundada por refulgente aureola de rayos de sol y gotas de rocío, ceñida de espumas, arrullada por olas de esperanza, acariciada por brisas de amor... ¡digna de ti!

¡La he alcanzado al fin!..., y aquí la tienes; pero no hermosa y radiante como la concibió mi mente loca, sino informe y descolorida, cual medusa arrancada del seno de las olas. ¡Acógela en tus brazos, sin embargo; derrama sobre ella la caricia inefable de tu sonrisa. No vale nada; mas representa el esfuerzo que realicé para

agradarte, la labor con tanto amor emprendida, con tanto entusiasmo continuada por mi espíritu, siempre arrastrado por la atracción irresistible y misteriosa de tu mirar profundo!...

FIN

DEL POEMA DEL TRABAJO


DIÁLOGOS FANTÁSTICOS

OFRECIMIENTO

A JACINTO BENAVENTE

PRÓLOGO

Gregorio Martínez Sierra es un joven de diez y ocho años, cuya inteligencia literaria supone el doble de esa edad: parece como si su cerebro hubiese andado solo por la vida, observándola, diez y ocho años antes de ser engarzado en su cuerpo respectivo. *El Poema del Trabajo*, título que predispone a pensar en esas poesías, como sartas de tópicos, que se escriben para certámenes, demuestra plenamente que su autor, no sólo no es literato que escriba por medio de *recetas*, sino que tiene retina propia para ver y un entendimiento original para concebir. Lo profano de algunas frases, que ruedan por el mundo de las letras como monedas borrosas por el mundo metálico, ha hecho quizás que los escritores, a la vista del título citado, no hayan hecho

alto ante el contenido de la obra, examinándola con detenimiento. Es ella un plan armoniosamente combinado, personalmente sentido y bien ejecutado: está bien combinado, porque todas las partes de la obra son ramificaciones de la idea capital y guardan entre sí justas proporciones; está personalmente sentido, porque no se puede ver la actividad universal del modo nuevo que la ve Martínez Sierra, sino sintiendo por cuenta propia, y está bien ejecutado, porque el estilo es correcto, claro y afluente; desde luego, la obra habla a la crítica de un literato original, que sintetiza agrupaciones de ideas en artículos de no manoseada invención y que simboliza las cosas humanas, no por frío cálculo, antes bien por temperamento y modo de ser del escritor. Sin embargo, de haber salido al palenque intelectual este joven, apercibido de tan buenas armas, puede decirse que, aparte algún que otro literato, ante los demás ha pasado su labor inadvertida.

Se me figura que esto ha consistido también en el estilo del autor. En su fina trama no entran los tonos alarmantes, las impetuosas violencias de color, propias de otros temperamentos literarios, llenos de más fuego en la expresión, tonos insinuantes que de seguida atraen la atención y suje-

tan el pensamiento del que lee. Como desde hace unos doce o catorce años, nuestra literatura se ha hecho infinitamente más plástica y más pictórica y reviste una forma deslumbrante cuando aparece un autor de estilo pálido (dicho sea en el mejor sentido), los ojos de los lectores no se fijan en él, encandilados como están con las magnificencias de otros estilos. Martínez Sierra no ha sujetado, no, la atención pública literaria con el *color perla* de su estilo. Algunos, muchos escritores, le habrán llamado *gris*, y hay que diferenciar en letras el *gris* del *color perla:* el primero está harto definido; con esa palabra, especie de mueca despreciativa, se designa lo insípido, lo insubstancial, lo despreciable; el segundo concepto no ha tenido todavía, entre nosotros, definición, y si se me permite, voy a dársela. Lo gris en una perla no proviene de la simplicidad, proviene de una serie infinita de matices e irisaciones suavísimas, finas, de una delicadeza extremada; es un gris repleto de *espíritu*, por decirlo así; es un compuesto de muchos tonos, de muchas variaciones de ellos, y juntos, como una trama de misteriosa idealidad, rodean de un modo discretísimo la perla, de igual modo que un estilo lleno de matices delicados y suaves envuelve a la idea. No

por ser *fría* de tono la perla produce impresión de frialdad, sino de belleza tranquila y de firmeza; dura es la perla, como una idea consistente, y no desabrida a los ojos, sino halagadora, como un estilo *perlino*. Los *escritores perlinos* son más intelectuales que sensitivos, suelen ser *hombres-cerebros*, es decir, hombres que a falta de intuición, reflexionan la pasión, y bien analizada, la desarrollan en la obra de arte. No reside en esa clase de hombres la inspiración, don el más sobresaliente, el único de un artista verdadero; pero con la inteligencia, con el talento, con la cultura, con el buen gusto, la aparentan, y no solamente consiguen aparentarla, sino que nuestro público, que, en general, no distingue de matices, toma su labor discreta, cerebral, pareja firme y bien pensada, por cosa de más quilates que la otra labor que deja sobre la cuartilla una pluma que trepida empujada por el genio.

Para mi modo de apreciar en artes, la obra *intelectual* es obra solamente del hombre, y la obra del genio (por lo común con muchos defectos por exceso de vitalidad) es la obra de Dios reflejada en el artista; lo primero es de un mérito dado; lo segundo, de un mérito absoluto.

Escritores perlinos llamo a D. Juan Varela, a

Jacinto Benavente, y si fuese más suave y nutrido de matices, a Jacinto Octavio Picón, por citar a tres maestros en el género. Estos ilustres amigos míos, los tres, grandes intelectuales, hacen novelas unos y comedias otro; pero si quisiera el que hace comedias hacer novelas, y los que hacen novelas hacer *comedia de ideas,* lo conseguirían, como asimismo pintar, esculpir o lo que se propusiera cada uno de ellos. Un hombre cultivadísimo, conocedor de todos los elementos del arte, que sabe hacer disección de los afectos, analizar el alma y penetrar el corazón, que ha depurado su gusto en vastas lecturas, y que es sagaz y penetrante, ese hombre puede, si quiere, aparecer como un inspirado, que tal es el milagroso poder del talento; pero a poco de empezarse la lectura de su obra se da uno cuenta de que se está comunicando sólo con un hombre y no comunicándose con Dios a través de un hombre. Yo me *arrodillo* ante el segundo, y *admiro*, en todo lo que vale, al primero. Pues en Martínez Sierra se da la particularidad de que, siendo un *escritor perlino*, siente; siempre es más intelectual que sensitivo, pero el sentimiento no es en él un cálculo, maestramente desarrollado; tiene soplo de inspiración y nervios que *cantan* ante la belleza: a veces es-

cribe con todo el cuerpo y toda el alma, con todo su sér, que es como escriben los artistas absoluta y totalmente verdaderos; eso de *escribir con los pies*, como suele decirse, en el alto sentido de que hablo, es mérito singular que sólo tiene el genio.

En Martínez Sierra, a veces, en determinados fragmentos, todo su cuerpo es lira, pero una lira suave, de sonidos melodiosos y halagadores, en los cuales vienen enredadas ideas profundas, pensamientos sagaces de una inteligencia que sabe ver la armonía total de la naturaleza y que él concreta en símbolos de sentido real y justo; parece que fantasea ilógicamente, pero no es así, porque basa en firme, percibiendo clara la vida Sus medios de expresión son seres imaginarios a veces, como ninfas, musas, diosas; otras veces da voz a cosas distintas y habla la Naturaleza, en flores, olas, lagos, nubes; pero esos diálogos abstractos tienen una realidad concreta en el fondo, y su enseñanza va directa a todos los órdenes de la vida humana.

Lo mismo *El Poema del Trabajo* (que lleva un elegantísimo *atrio* de mi querido amigo Benavente) que los *Diálogos fantásticos*, se ve claro que son obras hijas de un mismo modo de ver, de sentir y de expresar. Martínez Sierra tiene fisonomía

literaria, nace a las letras con la cualidad, rara por lo preciosa, de ser un escritor a quien se le reconoce sin acudir a leer la firma. Es de los que, en obras sucesivas, repetirá parecidos temas a los ya escritos, y libros que se semejarán mucho unos a otros. Pero no esté el Sr. Sierra quejoso de esa *monotonía aparente;* es una señal, una marca de los artistas de más mérito. Cada discurso de Castelar, cada cuadro de Fortúny, cada novela de Pereda, son aparente repetición de discursos anteriores, de colores ya armonizados y de novelas ya escritas. El protagonista de toda obra de autor de genio, es el mismo autor, reflejado constantemente en ella por medio de sus modos de expresar, de sus *temas-obsesión*, de sus recursos favoritos y de toda la serie de manifestaciones que constituyen la personalidad de un artista. Miguel Angel tiene la obsesión de las musculaturas agrandadas; Víctor Hugo, la de las imágenes desbordadas y grandiosas, como sucesiones de relámpagos; Rafael, la de las grandes plazas de tonos azules y amarillos; Moncasy, viniendo a nuestros días, tiene la manía de Cristo y de sus temas afines; Benlliure profesa singular predilección a los ropajes y a las elegantes posturas; Villegas no ve en el mundo sino el color; Carbonero, las ca-

rreteras con sol y polvo, y cada sublime loco va, la vida del arte adelante, con su obsesión o con su tema.

No se vaya a creer, por todo lo dicho, que Martínez Sierra alcanza ya como escritor altura extraordinaria. Tranquilo para concebir y tranquilo para planear, es también tranquilo en la expresión, y su estilo no prende fuego con vigor a las ideas ni las da relevante plasticidad, sino que las *desliza* sereno, sosegado, demasiado parejo y sin accidentes apenas, pero gusta al que lee, espaciar el alma en ese estilo, como en una hamaca flexible.

Su cortejo de hadas, reinas, musas, plantas, flores, retiene gustosamente la atención por su variedad y por la lógica con que esos símbolos se expresan, y la emoción que todo ello despierta es la de un sedante que distiende el ánimo y lo adormece en una agradable vaguedad.

Mejor formado aún su léxico en *Diálogos fantásticos* que en *El Poema del Trabajo*, bien se ve que Martínez Sierra ha ganado mucho desde un libro al otro como pensador y como artista de la expresión: toda la substancia intelectual y espiritual de esta hermosa obra está encarnada en la tersura de un estilo mucho más acabado. Por la

transparencia con que en él se ve la idea, por la luz interna que alumbra la emoción, por lo traslucido, en fin, de la forma, ésta me recuerda un objeto primoroso de china o de cristal. Como se va a Murano por el cristal más famoso, Sierra va por su diafanidad de estilo al Murano literario, cuyo camino tantos desconocen.

Y, sin embargo, Sierra conoce aún poco la técnica de su arte, pero no necesita tampoco de más sabiduría para emitir sus ideas apacibles; en cambio, hay quien sólo tiene ténica; y con ella, y con ilustración, y gusto, y paciencia, y muchas más cualidades *inferiores*, hasta escribe un libro de poesías, por ejemplo, sin inspiración ni nervio, pero que reviste todas las apariencias de lo verdadero y lo legítimo, ostentando tersura, corrección impecable, y si a mano viene, nada menos que la *pátina de la inmortalidad*. Total, tres gotas de inspiración, envueltas en un libro de orfebrería cerebral.

SALVADOR RUEDA.

DIÁLOGOS FANTÁSTICOS

INTRODUCCIÓN

SONREÍA: Ella siempre sonríe..., ¡que son sus labios el nido perfumado de la Dicha! Sonreía y charlaba con gorjeo de pájaro...

Te contaré, si quieres, una historia.

Cuando nacen las almas, nacen con alas. Unas con alas fuertes, incansables: alas de águila; otras con alas negras y ligeras: alas de golondrina; otras con alas blancas: alas de paloma; otras nacen con las alas diáfanas, menudas, aéreas, recubiertas, por plumas, con polvos de oro: alas de mariposa... Vuelan alto las águilas, miran al sol de frente, y saben cosas grandes que cuentan a sus hijos, al abrigo del arrogante nido que supieron formarse en las alturas...

Vuelan con rapidez las golondrinas, y ven países... y más países..., y son sabias... y cuentan, en su charla ligera, las antiguas historias de profundo sentido, que aprendieron en el País del Sol... Alas de paloma... ¿Tú sabes? Podrían volar alto; podrían ir muy lejos, porque también son ligeras; pero se agitan siempre en derredor del nido: saben de amores y dicen con arrullos, un día y otro día, la dulce ciencia... ¿Tú has visto mariposas? No parece que las mece las olas de aire. ¿Mirar al sol? ¿Y para qué? Las basta con reflejar sus rayos con las mil delicadas laminillas que salpican sus cuerpos... ¿Saber? No saben más que el sol de primavera: a su calor nacieron, y antes que él morirán. Ignoran el invierno; nunca vieron la nieve, ni sufrieron el frío. No tienen nido: aprenden el secreto de una corola blanca, y vuelan a contárselo a otra corola azul o sonrosada, que paga la galante confidencia con dulcísimo néctar. No vieron olas, ni cruzaron mares: el arroyo tranquilo fué su espejo, y su hamaca el penacho afelpado del junco de la orilla... ¿Te ha gustado la historia, mariposa mía?

—Linda es tu historia... Olvidaste un detalle, sin embargo. Cuando nacen las almas, a las que Dios ha dado alas de mariposa, no aciertan a volar; por muchos días permanecen dormidas, plegadas las alitas en torno de su cuerpo, inmóviles, heladas; necesitan para empezar la vida, que el Hada de las flores y las brisas, la hermosa Primavera, las despierte con besos... ¿Sabes tú cuál fué el Hada que desplegó las alas de mi alma con su beso de amores?

Reía...

—No sé—me dijo, saltándole en los ojos, con chispas de diamante, la alegría—. Yo sólo sé que sueñas como las mariposas cuando vuelan entre flores; yo sé que hay en tus sueños nidos y brisas, hadas y ninfas, mares y nubes; sé que todos unidos han formado en mi cielo, leyenda de diamantes que dice *Amores:* yo sé que son mi dicha... ¡Cuéntaselas al mundo!

—¡Al mundo! ¡Pobrecilla! ¿Qué le importan al mundo los sueños de un poeta?

—¿Qué le importan al mundo? ¡Cántalos tú! Las águilas, deslumbradas por los rayos del sol, no los verán siquiera... Se burlarán de ellos las

sabias golondrinas... Acaso los desprecien las burguesas palomas... ¿Pero no hay mariposas en la Tierra? Canta y te harán cortejo, formándose en guirnalda de flores vivas, todas las infinitas mariposas que se agitan en el mundo. Canta: te escucharán los niños; te escucharán los que aman; te escucharán las almas de poeta. Canta las lecciones que aprendiste en mis labios, que los niños, y los amantes, y los poetas, te pagarán la confidencia, como aquella corola azul o sonrosada, en néctar de amable simpatía.

«SURSUM CORDA»

EL POETA. LA NATURALEZA. LAS PLANTAS. EL SOL. EL LAGO.

EL POETA

No puedo más! La tierra toda pesa sobre mi corazón... ¡Mi corazón!... Recuerdo días en que tuvo alas: alas tuvo también mi pensamiento... Llevada por ellas, cernióse satisfecha y complacida mi fantasía sobre mundos dorados, sobre azules atmósferas, sobre rosadas nubes... ¡Nubes de invierno cubren ahora mi empobrecido y limitado cielo! Nubes de invierno que, agrupándose en formas quiméricas, me cercan como legión de monstruos, y se amontonan, y se agrandan, y acumulan mole sobre mole, y acabarán por ahogarme bajo su peso... «¡Ánimo —me grita a veces, dentro del

alma, la voz que amaba yo en días mejores—. ¡Ánimo! Son montañas de nubes; su forma es engañosa, su poder ilusorio. Rompe el frágil obstáculo y vuela..., ¡vuela! Cuando el sol que te oculta te acaricie de nuevo, renacerán tus alas... ¡Frágil obstáculo!...» Lo sé; pero ¿y la fuerza para romper su encanto; y el poder de quererlo, que me falta? «Si quieres, vencerás...» ¡Si quieres!... Voluntad mía, ¿dónde te ocultas; por qué has huído? Yo no soy nada; pesa la tierra sobre mi pecho, pesan las nubes sobre mi alma, pesan los hielos sobre mi esfuerzo...

LA NATURALEZA

¡Ven conmigo! Entra en mi reino... Siempre he sido tu amiga, ¿no lo sabes? ¿No recuerdas las horas que pasaste reclinado en mis brazos? Ven: envueltas en la piel de mis caricias, te haré gustar suavísimas lecciones.

EL POETA

¡Sí! Préstame tu ayuda, tu dulce ayuda, tu auxilio amante... ¡Ojalá puedan, a tu voz, disiparse las nubes! ¡Ojalá pueda mi corazón volar

de nuevo! ¡Ojalá pueda llegar a las radiantes lejanías que le deslumbraron en horas de ensueño!... Vamos..., ¡dulce maestra!

LAS PLANTAS

Poeta, ¿sufres? ¿Te pesa la tierra, la tierra negra, la tierra fría? ¿Y la odias? Oye una historia. Hemos nacido en cuna florida, en cuna aérea, en cuna perfumada; tuvimos por amigas mariposas, perfumes por aliento. Se marchitó la cuna, cesó el rocío... ¡Enterradas! ¡Cómo pesa la tierra! ¡Qué implacable, qué dura, qué insensible! Llegó la Primavera. ¿Qué ha pasado? Buscas la tierra negra... ¡Ya no es negra la tierra! Está vestida con vestidura regia, que ondula, que embalsama. ¿Quién le ha dado a la tierra su manto de colores? Venganza de sus pobres prisioneros. ¡Dulce venganza! ¿Odias, poeta? Canta al enemigo. ¡Qué hermosa está la tierra revestida de flores!

EL SOL

¡Las nubes! Te amedrentan las nubes y las honras con el nombre de obstáculos. ¡Cobarde!

Yo amo a la tierra con amor de siglos, y cuando cae la tarde, pongo en el postrer rayo que le envío mis más tiernas caricias. ¡Cuántas veces las montañas de nubes que hoy te abruman se oponen a mi paso! Pudiera deshacerlas, dispersarlas, y no lo hago. Mis rayos las ciñen y las doran con franja radiante, y los hombres contemplan, asombrados, los soberbios palacios que fingen con mi ayuda. ¡Viste, viste las nubes que te estorban el paso con el áureo ropaje de tu Genio! ¡Alma cobarde la que tan sólo sabe ostentar esplendores en un cielo sereno; triste talento el que tan sólo acierta a embellecer la dicha!

EL LAGO

¿Me oyes, poeta? Nací muy alto... ¡Allá en las cumbres! Las nieves fueron mis nodrizas. ¡Qué hermosa era la tierra vista desde allí arriba, qué hermosa! Yo pensé recorrerla entera, y salté presuroso de mi nevada cuna, y me deslicé como plateada serpiente por la falda del monte. ¡Qué alegría! Cantaba entre guijarros, y me complacía en coronar con pomposas diademas de espuma todas las salientes de mi ca-

mino... Mis aguas trazaron, en el tercipelo esmeralda del valle, argentadas grecas, y a mi paso brotaban en las orillas juncos floridos. Estaba en lo mejor de mi carrera: más allá de este valle estaba la llanura, la llanura que había contemplado al nacer; ¡qué delicia sería recorrerla, espaciando las ondas entre jardines y praderas! Yo soñé muchos días con llegar hasta ella, pero no pude: el valle tuvo celos, y me ha cerrado el paso con cerco impenetrable de granito; y sin poder pasar más adelante he formado este lago, que parece, indolente, perderse sin deseos en regiones de calma. No lo creas; mis aguas no se agitan tumultuosas, pero en tenaz trabajo, minan el cerco que las impide el paso, esperando vencerle con su caricia nunca interrumpida. ¿Conseguiré mi anhelo? Acaso nunca: la lucha es larga, la labor titánica; acaso inútil mi empeñado esfuerzo: tal vez mis aguas dormirán siempre prisioneras del valle... Y podrían, furiosas, destruirle con iracundo esfuerzo... Pero prefiero devolver bien por mal a mi tirano, y tranquilo y sereno, le ofrezco mi bruñida superficie como espejo gigante y me

complazco en pintar sus bellezas en el cristal de mis aguas, y le presto frescura en el estío, y alimento sus flores y sus pájaros, y recojo en mis ondas la sombra de sus árboles, meciéndola entre cantos con caricia suave. ¡Viste de flores la prisión! Si has de ser prisionero, ¿por qué arrojar sobre los muros del encierro la negrura del desconsuelo?

EL POETA

Naturaleza; amante inspiradora... ¡Sabios maestros tienes en tu reino!

LA NATURALEZA

¡Sabios maestros!... Mi reino entero es lección viviente y vivificadora. Mira y escucha... Infinitas lenguas, de infinitos seres, con infinitos acentos, repiten a tu alma: *¡Sursum corda!* Las cumbres de los montes se levantan erguidas y miran a los cielos, anhelando alcanzarlos. Las plantas todas nacieron en la tierra, y, sin embargo, a los cielos se elevan; las que son fuertes, con soberbia arrogancia; las que son débiles se ensortijan, se abrazan a las ramas,

se cuelgan a los troncos, pugnando por subir. Las flores, ¡pobrecillas!, condenadas a perecer inmóviles, sin poder elevarse en vuelo rápido, envían a los cielos sus perfumes, aspiración de su alma, que querría subir envuelta en ellos. ¿Ves la columna de humo que sale de la hoguera? Nació en la tierra; la tierra le adora y le llama; él se desata de los dulces brazos, y luchando con ella, sube a los cielos en montón de volutas... *¡Sursum corda!* Poeta: mira a lo alto, que sea tu alma aroma y nube de incienso; deja a tu cuerpo prisionero en la tierra..., ¡pero sube! Sube tranquilo, sube ligero, sube piadoso; sube y mira a la tierra desde lo alto, y la verás hermosa... ¡Todo es hermoso mirado desde lo alto!... Dame la mano, sube conmigo, poeta..., mi poeta, mi cantor siempre amado..., y escucha mi lección... *¡Sursum corda!*

HADAS

EL ARTISTA. EL HADA REINA. LAS BUENAS HADAS. EL HADA DE LAS RISAS. EL HADA DE LOS SUEÑOS. EL HADA DE LOS BESOS. AMADA. LAS HADAS MALÉFICAS. EL HADA DE LAS LÁGRIMAS. EL HADA DE LA DUDA. EL HADA DEL HASTÍO.

EL ARTISTA

Mi estatua terminada... ¡Mi obra maestra! ¡Qué hermosa eres!... En tormenta de anhelos, de ansias de belleza, entre brumas y sombras, te vi surgir radiante, tal vez inaccesible, y como soberana incontestada, te erigiste en mi alma un palacio; allí te he contemplado muchas horas, descansando sobre lecho de flores, en actitud de reposo, y con sólo mirarte se nutría mi espíritu, y la vida me parecía hermosa, deslizándose en la no interrumpida labor de contemplarte... Un día sacudiste las

flores de tu lecho, y te erguiste arrogante, y me dijiste con severo acento: «¡Amante, eres mortal y yo soy eterna; tú morirás, y se hundirá contigo el alcázar en que me aprisionaron tus amores; tu corazón helado ya no podrá adorarme, y mi belleza sufrirá para siempre, sin poder ser amada por ser desconocida!... ¡Muéstrame al mundo, tú que me posees; dame amadores que sepan, cuando mueras, conservarme el altar que me erigiste!... ¡Muéstrame al mundo!...» Yo te amaba, y obedecí: busqué el rosado mármol para suave materia de tu cuerpo, y abrasado, los días y las noches, por fiebre dolorosa, logré fijar, al fin, en él, la huella de tu belleza. ¡Yo te di forma! ¡Qué hermosa!... Pero duermes, y al mirarte dormida siento dentro de mí tu voz que clama, con mandato de amor: «¡Sí, soy hermosa, pero quiero vivir para adorarte!... ¡Vivir!..., dame la vida!...» Y entonces desfallezco... ¡Que la vida no es mía, y no puedo vivir si tú no vives, y no puedo mirar tu seno inmóvil junto a mi pecho que palpita loco, y no no puedo sentir tus labios yertos bajo los míos que la fiebre abrasa; no pue-

do ver tus despiadados ojos mirándome sin verme, indiferentes, sin encenderse en claridad amante para servir de espejos a los míos, que con hambre de amores te contemplan! ¡Quién te diera la vida, un solo instante, para morir después de haber sentido que podías amarme!...

EL HADA REINA

¡Hadas! Mirad la estatua; el hombre llora, después de terminar su obra maestra, y ella descansa en el silencio... No piensa ni sonríe; sus labios entreabiertos no respiran... ¡Venid las hadas! Venid las que en otros tiempos derramasteis los dones sobre la cuna del Infante, de la Princesa; venid..., ¡el Hombre llora! ¡Consolémosle!... Mirad la estatua que duerme. ¡Acerquémonos! Que acaricien su rostro nuestras alas diáfanas; démosle la vida.

LAS BUENAS HADAS

Sí, démosle vida, vida feliz... ¡Hija del Hombre, tu padre siempre ha sido nuestro amigo!... !Serás dichosa!

EL HADA REINA

Formad en torno de la que aún duerme, vaporosa cadena. Murmurad sobre ella vuestros conjuros. Agitad vuestras varitas de virtud, y caigan los beneficios sobre la hermosa, como lluvia de perlas.

LAS BUENAS HADAS

¡Vive! Démosle nombre. ¡Te llamarás *Amada*, pues que amor es tu esencia!... ¡Puesto que has sido amada antes de tener vida! ¡Amada!

EL HADA DE LAS RISAS

Déjame que aliente tu boca, y que dance en tus ojos, y que te enseñe mi lenguaje vibrante, que modula sus notas sobre lira de plata. Aprendí mis cantares en las aguas que ríen al sol, en las vocecillas de los niños que ríen en la mañana; cántalos tú y ríe; ríe para siempre, como ríe la lluvia en primavera al caer en el lago...

EL HADA DE LOS SUEÑOS

¡Amada! Mira mis alas de mariposa, de mil colores; los recogí a mi paso por el mundo; son

todas las bellezas de la tierra. ¿Los quieres? Permite que me pose sobre tu frente, y que cante a tu oído mi canción mágica. ¿Te gusta? Sueña, sueña... Sueña como poeta, sueña como mujer enamorada, sueña tú siempre...

EL HADA DE LOS BESOS

¡Me dormiré en tus labios, y sabrás besar! ¡Oh, dulce ciencia! ¿Que dónde la aprendí?... ¡Toda la tierra es un beso sin fin, que se suspira en infinito enamorado ensueño!... Aprendí, cuando el mar besa la tierra, rugiendo en la tormenta, sus amores. Aprendí, cuando el sol besa a las nubes, vistiendo de topacio sus contornos... Aprendí entre las sombras de los bosques, viendo besarse a pájaros y flores, a ramajes y brisas... Aprendí... No te importa dónde aprendí mi ciencia, mi dulce ciencia, mi ciencia eterna; en la ciencia de Amor, y Amor no muere. Apréndela tú, Amada, que del amor naciste...

EL HADA REINA

Y ama, ama si has de vivir, y después ríe, y sueña, y besa. Ama; la alegre risa sin amor es

triste: el grato ensueño sin amor es negro: el beso sin amor no tiene aroma. ¡Ama si has de vivir! ¡La vida sin amor es sacrilegio!

AMADA

... Besar, soñar, reir... ¡Oh, vida; mi vida hermosa!

LAS HADAS MALÉFICAS

¿Hermosa?... Contaste sin nosotras. Las buenas hadas se alejaron contentas creyéndote feliz, porque te dieron cuanto pudieron darte. Nosotras, las madrinas no llamadas, también traemos dones que ofrecerte... ¿Amada?... ¡Gracioso nombre! ¿No sabes que el Amor es en la tierra el disfraz del Dolor? ¿Amas? Porque amas, sufrirás.

EL HADA DE LAS LÁGRIMAS

Toma mis perlas, mis perlas amargas; serán el fatídico adorno de tus ojos.

EL HADA DE LA DUDA

Pondré sobre tu frente mis negras alas; sus sombras servirán de dosel a tus ensueños.

EL HADA DEL HASTÍO

En la miel de tus besos, guardaré el manojito de mirra amarga.

AMADA

¡Sufrir!... Corazón mío, ¿dónde encontrar ayuda, dónde consuelo? ¿Quién me amará sufriendo? ¿Dónde está el que me ama?

EL ARTISTA

¿Hablaste? ¿Me has llamado?... ¡Amada mía! ¿Qué dices? ¿Qué, me llamas porque sufres?... ¡Ah! Bendito, bendito sea el Dolor que te impulsó a llamarme. Bendito el sufrimiento que te ha acercado a mí...

OBRA DE AMOR

EL TRABAJO. LA IDEA. VOCES DE LA LLANURA

EL TRABAJO

Al fin!... Al fin llegué. ¡Qué terrible lucha, desde el día en que supe que existía la brumosa montaña, santuario del misterio, morada del enigma! ¿Quién me habló de ella? Nadie. La vi en revelación, y al oirme ensalzar sus maravillas, me trataron de loco... A los que sonreían con sonrisa de lástima de mi entusiasmo, dije con arrogancia: ¡La encontraré! ¿Dónde? Dejé las vegas fértiles, donde la vida es fácil; dejé los campos de doradas mieses; dejé los prados, donde la paz es reina, y me lancé al desierto. Los árboles raquíticos, que marcaban el límite de las tierras fértiles, agitaron sus ramas, susurrando a mi paso yo no sé qué ironías lasti-

meras, y el último arroyuelo, cuyas aguas escasas corrían a perderse en las arenas, contó a su árido lecho, con risa socarrona, la divertida historia de mi locura... Después... ni aun eso. Soledad, silencio. Días de fuego, noches de bruma... Un día la montaña surge como esfinge sobre la arena ardiente, sacudiendo en los aires su melena de nieblas... En la noche, la cumbre se ilumina, y entre luces de aurora el misterio se muestra: aparece la Idea, hermosa, radiante, con seducción extraña, virgen de todo amor y tentadora, llamándome en lenguaje de infinita dulzura... ¡Oh, Idea, te mostraste a mi vista, y al mirarte en tu trono de granito, comprendí lo imposible de mi anhelo de llegar hasta ti; pero eras tan hermosa, que con sólo alcanzar a contemplarte se me antojó la vida placentera; tú lo sabes, y, sin embargo, huíste; de nuevo te has envuelto en tu sudario gris y me abandonas. ¿Qué hacer? Caer sin vida sobre la tierra dura y despiadada; cerrar los ojos para siempre.

LA IDEA

¿Duerme?... ¡Cuánto me ama! En ocasiones,

al contemplar su varonil belleza, siento impulso vehemente de entregarme...; pero no: yo, el ser libre, inmortal por esencia, no puedo ser esclava de quien debe morir.

El mundo entero yacía en las sombras, y arrastraba indiferente vida de inercia. Los cerebros humanos dormían profundísimo sueño de ignorancia, sin aspirar a nada más hermoso... ¡Que no me conocían!... Hastiada del misterio en que me hallaba envuelta, desgarré mi brumosa vestidura, entreabrí el santuario, y fulgores extraños se esparcieron ondulando en la atmósfera, y deslumbraron en visión fugitiva a aquellos que pudieron contemplarlos. Buscaron con afán en las tinieblas, una chispa siquiera de aquella luz que había interrumpido su letargo; pero no la encontraron, y corrieron el mundo, interrogando ansiosos a todo átomo luciente; y me soñaron en las espumas del Océano, y en las estrellas de la nieve, y en los hilos de oro que se mecen sobre lechos de púrpura y de armiño, pintando el aire diáfano con haces de colores, de gotas y de rayos... Y no me hallaron. Que yo dancé, traviesa, en todas las belle-

zas de los mundos; yo me encerré en mil formas para crearme un símbolo; pero me alejé siempre del espíritu que me buscó, y el que creyó orgulloso poseerme, al rasgar la envoltura que juzgó mi santuario, sólo encontró el vacío... Jamás me ha poseído sér alguno... ¿Y habría hoy de entregarme; habría de ceder al esfuerzo que pretende encerrarme en estrechas prisiones; habría de prestarme a animar con mi vida la materia, a servir como reina esclavizada para ensalzar victorias de un mortal, arrastrando mis gracias profanas tras del carro de su insolente triunfo?... No he de rendirme. Me complace la lucha, sin embargo. Despertemos a nuestro admirador. «Mortal dichoso, aquí me tienes; alcánzame si puedes».

EL TRABAJO

Tú, tú a mi lado, hermosa. ¿Me amas, pues? ¿Pudieron mis gemidos conmoverte? ¡Ah, bendita mil veces tu compasión amante!... Ven... ¡Maldición! ¡Huíste!

LA IDEA

¡Ah! ¡Mortal orgulloso! Mucho confías en tu

poder. Sígueme, pues me amas. No te arredren los riesgos del camino. Si llegas a la cumbre, seré tuya.

EL TRABAJO

Llegaré, que mi amor a todo alcanza. ¿Qué son para mi esfuerzo abismos ni montañas? Yo vencí al mundo.

LA IDEA

Tal vez..., pero no a mí... Y, si yo quisiera, sabría darte dichas tan inmensas que no pudieron ser soñadas ni en sueños de poeta... Soy hermosa y me amas. Adiós: allá en la cima me llaman mis amores. Sobre carro de nubes llegaré a las alturas. Adiós...

EL TRABAJO

¡Ah, serás mía!

LA IDEA

... Serás mía... ¿Y así intentas vencerme?... ¿Y cómo han de halagarme las cadenas con que pretendes aherrojar mi esencia? Yo, intangible y eterna, ¿habré de resignarme a encarnar en materia; habré de consentir que mi belleza, des-

pués de degradarse en una unión monstruosa, ruede deshecha en fragmentos informes cuando llegue el momento de que perezca la grosera envoltura, y se pierda mutilada en el fango, enterrada entre ruinas? Alcázares me ofreces, caricias me prometes, a prisiones de carne intentas sujetarme... ¡A mí! ¿Y no me ruegas? ¿Acaso piensas en tu orgullo que podrás poseerme a pesar mío?... Y alegas, ¡inocente!, para justificar tu alarde necio, las conquistas que has hecho a través de los siglos. ¡Que has vencido a los mares y a las rocas; que extendiste tu imperio por el aire y el agua; que el fuego sigue dócil el camino que te plugo trazarle; que la Fuerza indomable te obedece como esclava sumisa!... ¡Pobre de ti! Venciste, porque siempre encontraste resistencias brutales y pudiste esforzarte por vencerlas; pero yo no resisto: yo estoy aquí, a tu lado; yo te deslumbro en variedad de aspectos, y parezco dispuesta a someterme... Ven..., acércate a mí; siente mi aliento sobre tus labios; fija tus ojos en los ojos míos... Acércate; más cerca... ¡Abrázame! ¿Lo ves? ¡Iluso! ¿Qué estrechaste en tus brazos? Vapores radiantes,

sombras tenues, ¡nada! No podrás por tu esfuerzo alcanzar mis favores; sólo mi voluntad sabrá rendirme... Y no lo haré jamás, que no me tientan los goces que me ofreces si he de comprarlos al precio de mi amada independencia.

EL TRABAJO

¡Ah! Si no has de rendirte, al menos no te goces en mi tormento. ¡Calla!... Huye; ocúltate; ¡deja que de nuevo me duerma esclavo de la sombra! ¡No burles mi dolor! ¡No, no te rías!...

LA IDEA

¡Reir!... ¿Y a qué otra cosa pudiera convidarme tu presunción ridícula? Reiré, y reiré... Jamás tus brazos lograron alcanzarme...

EL TRABAJO

... Y estrecharte, y vencerte, y hacerte mía, mía... ¡Te lo juro! Tu risa infame me dará aliento... Ya lo ves: llegué a la cumbre. No puedes huirme. El abismo nos cerca; su negra boca nos está acechando, y nos atrae con su alentar

de vértigo. Escoge entre mis brazos y sus sombras...

LA IDEA

¡Vencida!... ¡Triste suerte! ¡Oh, mi adorada libertad! ¡Vencida!...

EL TRABAJO

... ¿Lloras? ¿Lloras porque mi anhelo me hizo llegar a ti? Lágrimas de despecho pagan mi loco amor. ¿Lloras? No llores; renuncio a mi victoria. Te amo, te amo con la energía del que jamás amó. Todas las fibras de mi sér miserable se estremecen de gozo, de deseo, al eco de tu voz, y, sin embargo, renuncio a ti. Caigan en mil pedazos mis ilusiones; derrúmbese el palacio de mi ensueño; agóstese mi vida en sed inextinguible de ventura. ¿Lloras tu libertad? Tómala, hermosa, amada de mi alma, ¡que una lágrima amarga de tus ojos bien vale el sacrificio de mi dicha!...

LA IDEA

¡Tu dicha!... ¡Tanto me amas que te alejas de mí! No; no me dejes, generoso enemigo. No

cruzarás de nuevo el arenal desierto; no volverás burlado a las fértiles tierras que por mí abandonaste... Ven a mí. Sí; soy tuya. ¡Que tu amor ha rendido mi fiereza!... ¡Abrázame!

EL TRABAJO

... ¡Mi amor! ¡Mi amor! ¿No sientes en mis brazos el palpitar de mi alma que te envuelve en caricia inmortal? ¡Cielos y tierra, venid a mí; formad para mi amada trono de gloria; prestadme vuestras notas, todas las armonías de los mundos, para cantar mi dicha y su belleza!

LA IDEA

¡Ven; gocemos! Apuremos la copa de nuestro amor fecundo. Que se funda tu esencia con mi esencia; que penetre en tu cuerpo mi radiante hermosura. ¡Envuélvannos las brumas en sus húmedos tules!

VOCES DE LA LLANURA

¡Albricias! La Idea y el Trabajo se han amado... ¡Albricias! Cantad la unión sublime todos los que en la Tierra sabéis cantar, que a su pri-

mer abrazo ha nacido el varón hermoso y fuerte; el que no morirá. Miradle... ¡El Arte! ¡Venid, humanos! Miradle vencedor desde el instante en que fué concebido. Decid su nombre mágico a todos los confines de la Tierra. Venid, ¡criaturas!, y prestadle homenajes rendidos. Arrojad a sus plantas todas vuestras bellezas, que él sabrá combinarlas en diadema radiante, y ceñirá con ella las sienes de la Tierra.

RAPSODIA

EL ALMA. LOS RECUERDOS. LOS DESEOS. LAS ESPERANZAS. VOCES DE LO ALTO.

I EL ALMA

PAZ!... Serenos horizontes me envuelven en la suave transparencia de opalinos crepúsculos... Reclinó el sol la ardiente cabellera sobre las aguas, y en el espacio, apenas azulado, pálida y lenta como ideal sonámbula, se desliza la luna seguida de una estrella. Durmiéronse las Horas; la última nota que modularon sobre el Arpa-Tierra surcó los aires con serpenteo lánguido, se alzó, cayó de nuevo sobre el Arpa, arrancóla un lamento y se perdió en el seno del Silencio. Quiero también perderme en la apacible calma del día que se extingue... ¡Paz!

VOCES DE LO ALTO

¡Despierta! No puede jamás el silencio reinar en el Alma, cadena armoniosa de arpegios sonantes. ¡Despierta!

EL ALMA

¡Paz!...

VOCES DE LO ALTO

¡Despierta! ¡El crepúsculo del Alma siempre es de amanecer!

EL ALMA

¡Paz!...

LOS RECUERDOS

No; no dormirás. Somos legión, legión radiante, legión sonora. Infinitos colores, sonidos infinitos..., escalas... ¿Nos conoces? Brillantes, velados, lánguidos, vibrantes, blancos, azules. Traemos la guirnalda de rosas: ¡tus risas! Traemos el collar de perlas: ¡tus lágrimas! Cantamos el *allegro* agitado: ¡tu anhelo! Suspiramos el lánguido *andante:* ¡tu goce! Celebramos tus dichas, lloramos tus penas. ¡Tus penas! Si otros días se te antojaron monstruos, hoy, desde su

azulada lejanía, sonríen plácidos. ¡Vestido de Recuerdo, el Dolor es hermoso. Óyenos.

EL ALMA

¡Paz!...

LOS DESEOS

Sobre blancos, fogosos caballos, llegamos a ti. Jadeantes, cubiertos de espuma, cruzaron la estepa, resonando en el árido suelo el choque sin eco de los cascos duros. Después han hollado los fértiles valles que riega el gran río, y sobre sus lomos desnudos, a tu patria dorada, a tu patria florida, a tu patria encantada, lograron traernos, vencedores de las razas pálidas, que opusieron a nuestro camino la débil barrera de un triste ideal... Dormida te hallamos. ¡Dormida! Despierta. Somos los valientes hijos del Desierto; esforzado anhelo nos condujo a ti... ¡Despierta! Llevada por nuestros corceles, tu paz engañosa tal vez cesará; mas arrebatada en carrera loca, cruzando llanuras y salvando abismos, flotante en los vientos tu rubia melena, sabrás lo que es vida, viviendo en los brazos del feroz guerrero, que hará de tu cuerpo escu-

do de nieve, de nieve y de rosas, que sabrá infundirte, en beso de amores, la fuerza indomable, la ruda energía de la raza fiera que le ha dado el sér.

LAS ESPERANZAS

¡Alma! Con lento y suave balanceo se mueve nuestra barca sobre mares tranquilos, limitados por blancos horizontes, sobre los cuales pinta un sol, que nunca muere, espejismos fantásticos.

¡Alma! Deja la playa donde duermes, y ven a nuestro lado. A compás de canciones halagüeñas soñarás dichas. ¡Alma! Admite nuestra amante compañía en tu hora de silencio.

EL ALMA

¡Paz... Paz!... Pero ¿qué digo? Han pasado las horas propicias a la paz. Ya se alza el Sol de entre las aguas verdes, sacudiendo la ardiente cabellera; ya la Luna se esconde en las espumas, terminado su ensueño... Despertaron las Horas y de nuevo preludian cantos de vida sobre el Arpa-Tierra. Todo saluda con alegre

canción al nuevo día, porque todo en los brazos de la Noche gozó lo que yo ¡sola! no he podido gozar. ¡Oh, Paz! ¿Dónde encontrarte?

VOCES DE LO ALTO

No sueñes el sueño imposible. No sueñes. No puede jamás el Silencio reinar en el Alma, cadena armoniosa de arpegios sonantes.

MUSAS

LA MUSA DEL AMOR. LA MUSA DE LA PATRIA. LA MUSA DE LAS RISAS. LA MUSA DEL DOLOR.

LA MUSA DEL AMOR

HERMANAS! ¿Por qué mudas descansan vuestras liras? ¿Por qué callan? ¿Se han roto acaso sus sonoras cuerdas? ¿Por qué no se oyen como en otros días los cantos épicos, los himnos que encendían el pecho del guerrero; que hacían hervir, como lava que salta, la sangre del mancebo; que levantaban tempestades de heroísmo en el seno de la virgen? ¡Oh, Musa hermana! ¿Ha muerto la Epopeya? ¿No existen ya grandezas que motiven tu canto?...

... ¿También se han extinguido los vibrantes acordes de aquel otro salterio que reía en co-

rriente de notas cristalinas? ¿No hay risas en el mundo?... ¿Y no hay dolores? ¿No hay dolores acaso, no hay angustias? ¿No se vierten sobre la tierra lágrimas dignas de engarzarse en guirnalda de rimas? Calláis, hermanas... ¡Triste silencio!... Miré a la tierra y escuché anhelante, y nada oí: en los aires no suenan los acordes de mágica poesía. ¡Los poetas se mueren de nostalgia, porque callan las Musas! ¡Venid, venid conmigo! Corazones amantes nos esperan; corazones amantes nos evocan con gemido inefable; corazones amantes imploran nuestro auxilio. ¡Seamos compasivas! Derramemos piadosas en sus labios el néctar que desborda en nuestras ánforas; rocemos con las alas las cuerdas de las arpas que penden de las ramas, y que vibren sonoras en canción o en gemido ¡poco importa! Que se esparzan sus notas por los aires; que canten en los ecos; que rían en las aguas; que suspiren y giman en las brisas.

LA MUSA DE LA PATRIA

No me pidas que cante; no pretendas que inspire a mis pobres poetas con el eco sonante

de grandezas pasadas. Mira mis alas: ¡rotas! Mira mi túnica: ya no se tiñe con los colores de orgullosa bandera. Cubre mi cuerpo negra vestidura, y más que Musa parezco plañidera desolada que gime en un sepulcro. ¿Qué he de cantar? ¿Grandezas de otros tiempos?... ¡Sonarán a sarcasmo! ¿Vergüenzas? No, no; la altiva Musa que inspiró una epopeya, romperá en mil pedazos las cuerdas de su lira antes que arrancar de ella lamentos y gemidos con que llorar las ruinas. ¡Cantos de ruina!... ¡Nunca, nunca! ¿Quién cantó a Grecia después de su derrota? ¿Quién cantó a Roma después de su caída?...

LA MUSA DE LAS RISAS

Se ha roto mi salterio de cristal: se han plegado mis alas, mis alas de oro y pétalos de rosa. ¿Dónde hallarán las Risas, mis dulces hijas, calor amante? ¿Qué labios rojos les darán nido? ¿Labios de niña? Lloran desdenes... ¿Labios de madre? Lloran dolores. ¿Labios de poeta? ¡Labios de poeta! ¡Hermanas! ¡Pasaron los poetas que reían! Hoy gimen y blasfeman; estudian,

filosofan, analizan...; pero reir... Debilidad indigna. ¡Hoy no se ríe! ¡Enterremos la musa riente, rompamos el salterio, apaguemos la alegre carcajada que hendía los aires como volador e inflamado cohete. ¡Lloremos!

LA MUSA DEL AMOR

¡Doliente hermana, augusta Musa, cantora del dolor, llegó tu reino! ¿Por qué callas también? ¡Canta tristezas!

LA MUSA DEL DOLOR

¡Cantar tristezas!... ¡No blasfemes, Musa! Cantar tristezas cuando el mundo gime. ¿Quién las cantará? Pídele al padre que en sentida endecha llore la muerte heroica del hijo; pide al esposo que en brillante estrofa cante a la esposa que murió en sus brazos; pide al Poeta que cante tristezas en la patria triste. No; el dolor que se siente no se canta... La Musa del Dolor rompe su arpa, el arpa que gimió melancolías en los tiempos felices. ¡Que el hombre solamente saborea poéticos dolores cuando ríe su alma, cuando la dicha ahoga los gemidos, cuando el

lamento llega a conmoverle en sonido apagado y melodioso, envuelto en la azulada poesía de lejano recuerdo!

LA MUSA DEL AMOR

¿Entonces en silencio dormiréis para siempre? ¡No, Musas temerosas, no es posible! ¿Qué sería del mundo sin vuestro canto? Tomad mi túnica, y cubrid con sus pliegues vuestras alas. Tomad mi lira, y acompañad con ella vuestras voces. Que resuene el amor en vuestros cantos, y entonces ¡no temáis!

Tú, la Musa valiente de la Patria, di el amor que te inspira, y no temas cantarla desgraciada si la cantas amante; ¡que es grande, aunque gima entre dolores lo que mucho se ama! Tú, alegre hermana, Musa de las Risas, canta risas de amor, que su sonido no herirá el corazón desesperado; que siempre hay en el alma de los hombres una cuerda simpática que vibra cuando suena la alegre nota del amor que ríe... Y tú, santa y severa inspiradora, que naciste entre angustias; tú, la Musa cristiana, canta llorando sobre el arpa mística el amor al dolor,

el amor sublime del Hombre-Dios... ¡Canta! Nada es hermoso como el dolor que se ama. Nada es grandioso y santo como el amar sufriendo... ¡Cantemos!...

VIDA

LA VIDA. LA MUERTE. VOCES DE LA TIERRA.

VOCES DE LA TIERRA

Surgió la Vida..., se alzó la Vida. ¡Dormía y despertó! Dormía en las arenas, bajo las aguas. ¡Hermosa! Despertó sonriendo, y ha saltado a la tierra. ¡Piadosa! Buscó morada y la encontró en la selva. ¡Fecunda! Surgió la Vida..., se alzó la Vida... Pasó. La vimos... Es blanca y rosa. Pasó ligera; se desgarró su túnica, y nacieron las flores. Pasó riente: al sonido argentino de su risa se movieron las aguas. Pasó amorosa y temblaron las hojas en las ramas al sentir la caricia de su aliento. Sonreía y besaba, y a sus besos, el silencio en los nidos se interrumpió con claras vocecillas... Ríen las aguas,

cantan los nidos, tiemblan las frondas, besan las brisas... Surgió la Vida. ¡Hosanna!

LA MUERTE

¡Hermosa..., piadosa..., fecunda! Soberbia hermana, yo también dormía; despertóme el concierto de voces que te ensalzan, y miré. ¡Oh, Tierra, vives y cantas a la Vida! ¡Cántame a mí! A su paso, la Vida no hizo más que prepararme un festín. Soy la señora universal del mundo. Cantáis porque vivís... y moriréis. En tanto yo, triunfadora, viviré eternamente.

VOCES DE LA TIERRA

¡Morir!... ¡Surgió la Muerte! Se hizo el silencio. ¡Oh, Vida, Vida, ven en nuestro auxilio! ¡Morir!... ¡Oh, Vida!

LA MUERTE

En vano la llamáis. Pasó ligera, pasó riente, pasó amorosa; no volverá. ¡Gemid! Yo permanezco.

VOCES DE LA TIERRA

¿Y han de callar las brisas?

LA MUERTE

Callarán.

VOCES DE LA TIERRA

¿Y han de dormir las aguas?

LA MUERTE

Dormirán.

VOCES DE LA TIERRA

¿Y han de cesar los cantos en la selva?

LA MUERTE

Cesarán; caerán las flores, huirán los pájaros, encerrarán los hielos, en prisión de alabastro, los cuerpos de las ninfas. La Vida morirá. ¡Reinaré yo, la Muerte! ¡Reinaré yo, la estéril! ¡Lúgubre, fría, inerte...; pero hermosa, eternamente hermosa y eternamente grande!

LA VIDA

¡No reinarás! Yo nop uedo morir. ¿No lo sabías? Al formarse los mundos, por reina de los mundos he sido coronada, y mi corona no puede marchitarse: mas como soy eterna, cambio

constantemente la pedrería que se ciñe a mis sienes y que adorna las franjas de mi manto; y así me alzo unas veces en los cielos, circundada con diadema de soles, y me arrastro otras veces por la tierra prendiendo mi ondulante cabellera con humildes luciérnagas; y cuando desdeñosa arrojo los despojos de mis galas, te lanzas sobre ellos, y al mirarlos inertes, creyéndolos pedazos de mi esencia, exclamas orgullosa: ¡Murió la Vida!... ¿Tú, reina?... Tu miserable imperio se te escapa. Mira: de entre esa masa hedionda a que llamas tu imperio, renace mi potencia creadora, y millares de seres han sacado su vida de la materia que creíste muerta... ¿Tú, reina?... Te engañaste. Yo soy la Reina, yo soy la Madre Omnipotente y siempre fecunda: mía es la tierra y míos son los cielos, y mi historia se cuenta en los espacios a través de los siglos; que soles y planetas, ríos y cascadas, mares y torrentes, selvas y llanuras, son las estancias del gran poema que Dios compuso; estancias que repiten con infinitas voces, en tonos infinitos, una palabra mágica: ¡Vida!

SIRENAS

EL HOMBRE. LA VERDAD. LA RIQUEZA. EL PLACER. EL AMOR. LA GLORIA. CORO DE SIRENAS.

EL HOMBRE

Y de estas aguas apacibles, serenas, he de temer? ¿Son estos mares los que tú me pintaste como fieros colosos? Estos rizos de espuma, ¿serán acaso las feroces olas, de que me hablaste, ansiosas de devorar mi cuerpo? Parece que me invitan al descanso las tibias ondas. Al rasgarlas la quilla de nuestra barca, se entretejen en mallas luminosas, formando rica franja a sus costados... En la noche serena todo ruido cesó, y mi voz, que en la tierra se pierde entre mil voces, se eleva aquí robusta, y parece espaciarse complacida en la atmósfera etérea. ¿Por qué temer? Tú, mi prudente guía,

acaso exageraste los peligros temiendo mi ardimiento.

LA VERDAD

No lo creas; no te seduzca la aparente calma de las ondas; han tomado ese aspecto para mejor vencerte. Escúchame: piloto fidelísimo, siempre te mostraré el rumbo seguro; el puerto, que aún se oculta, está tendiendo sus robustos brazos para acoger tu barca: en sus aguas descansarás: para llegar a ellas te lanzaste a los mares... ¡Lucha!

EL HOMBRE

¿Y con quién? ¿Dónde están los enemigos? Yo temía (acaso sin quererlo lo esperaba) encontrar a mi paso bocas de abismo; creía que, asomando entre murallas de olas formidables, me acecharían los feroces monstruos de los cien brazos. Veía levantarse furiosos huracanes, y soñé con salvar toda barrera, con romper todo obstáculo, con alcanzar victoria sobre todo enemigo... No es así: el tirano celoso de su gloria se muestra hospitalario con nosotros, y deja con amable indiferencia que surquemos su impe-

rio... Las olas duermen, los vientos callan... ¿Contra quién lucharé?

LA VERDAD

Contra la misma calma que te envuelve.

CORO DE SIRENAS

Se acerca el esquife ligero; el Hombre se acerca... ¡El Hombre! Hoy, como siempre, le haremos esclavo: su cuerpo será nuestro botín de guerra. ¡Cantemos! Hermosa y tranquila es la noche; las ondas azules te brindan diáfano lecho de amores: escucha el amante suspiro que al fondo te llama; no temas, y ven a gustar las delicias hasta hoy rehusadas a todo mortal...

LA VERDAD

¿Oíste? Es el canto traidor de las Sirenas: no las escuches: óyeme...

EL HOMBRE

Es blando y amoroso el acento de sus canciones; déjame oírlas. No podrán seducirme, puesto que estás conmigo; no temas... Ya que hemos

de pasar a su lado, deja que con sus músicas diviertan nuestro oído.

CORO DE SIRENAS

... Las delicias hasta hoy rehusadas a todo mortal. Ansiosos te esperan unos brazos de nácar y espumas; dulcísimo beso te guarda el rosado coral de unos labios... Ven con nosotras...

LA VERDAD

¡Huyamos!

EL HOMBRE

No temas. ¿Acaso podrán seducirme sus mentidos encantos? Déjame contemplarlas: mira cómo se mecen los cuerpos nacarados, cómo reflejan sus soberbias formas los rayos tembladores de la luna... ¡Al cabo son hermosas! Deja que su hermosura distraiga nuestra vista.

LA VERDAD

Han rodeado la barca y amenazan hundirla... Una se acerca: saca del agua su ondulante cuerpo y se inclina hacia ti... Aún es tiempo. ¡Huyamos!

EL HOMBRE

La escucharé. ¿Como podrá rendirme si conozco su engaño?

UNA SIRENA

¿No has soñado jamás con la Riqueza? Yo soy; ven, ven conmigo... Te mostraré mi reino, el que se esconde entre los bosques de coral: yo te daré las perlas; yo te daré la púrpura y el oro. Ven..., sígueme...

EL HOMBRE

¡Oh, reina! ¿Cómo podré llegar hasta tu imperio? Yo soy mortal, y las aguas amargas me ahogarían antes de haber llegado al atrio de tu palacio... No puedo seguirte.

UNA SIRENA

Bien juzgaste. ¿De qué te servirían todos los esplendores que te brindaba mi orgullosa hermana? ¿La viste? Es vieja, y todo su oropel apenas puede ocultar la dureza de su dorado corazón. Mírame: cien veces más hermosa, me ofrezco a ti. Mira mis labios rojos. ¿No los quie-

res por nido de los tuyos? Mira mis blancos brazos. ¿No ofrecen reposorio perfumado a tu hermosa cabeza? Mira mis trenzas verdes. ¿No te gustan para dulces cadenas de tu cuello? Ven; no te daré palacios: te entregaré mi cuerpo... y gozarás placeres inefables. Mis hermanas me han llamado Placer.

EL HOMBRE

Eres hermosa, y seduces mis ojos. No quiero, sin embargo, gozar de tu hermosura, no; sé que son amargos los besos de tu boca, sé que tus brazos y tus cabellos verdes me ahogarían en su primer caricia... Vete...

UNA SIRENA

No mintieron los que me han ponderado tu ánimo fuerte. Riquezas y placeres despreciaste. No desprecies más puros y más tiernos encantos; yo te ofrezco la dicha... Me llamo Amor... Amor, y soy eterna. Deberes santos son mis goces, y mis leyes son dulces y aromáticas como panal de mieles. Ven y gozarás siempre...

EL HOMBRE

Me conmueve tu acento, y al huir de tu lado vierten mis ojos lágrimas amargas; pero soy viajero...; pasaré... y no quiero anular el lazo místico, que al deshacerse un día destrozaría mi alma. Adiós.

UNA SIRENA

Venciste. ¡Eres digno de mí! Nada te ofrezco. Si vienes a mis brazos morirás envuelto en olas de amargura; pero yo la cruel, yo la implacable, más fiel que las amantes que te brindaron goces, sabré cuando hayas muerto rendirte culto. Conservaré tu cuerpo en sepulcro grandioso, mostraré a los mortales tu imagen circundada de radiante aureola, y con clarines de oro pregonaré tu nombre, y haré saber tu historia en los tiempos remotos. Habrás muerto en mis brazos, pero luego vivirás eternamente en el alma del mundo... ¿Que me amas? ¿Que cómo has de nombrarme? Yo soy la Gloria.

EL HOMBRE

¡Tuyo soy! ¡Recíbeme en tus brazos, amada mía!

LA VERDAD

¡Vencido!... ¡Al fin vencido!... ¡Malditos los mares serenos; malditas las noches radiantes; malditas las olas en calma!...

ESPONSALES

EL CORAZÓN. LA CABEZA.

EL CORAZÓN

TRISTE hermandad la nuestra..., ¡en lucha siempre! ¿Por qué vivir eternamente unidos dentro de un solo sér? ¡Prisión negrísima, aún más negra por la suerte fatal de estar ligado en mi existencia a ti, cruel hermana, que implacable fustigas todos mis generosos ardimientos, todo mi amor universal e inmenso!...

LA CABEZA

¿Te quejas de mi amable compañía? Dime: ¿cuándo pudiste soñar con más sensata compañera, con más prudente hermana? ¡Que hermana me llamaste desde el momento mismo en que sentiste mi existencia unida a tu existencia!

EL CORAZÓN

¿Y podré no quejarme? ¿Y podré no gemir? ¿No era bastante, después de nacer libre, después de sentir dentro de mi sér generoso todas las armonías, y todos los colores, y todos los espacios, encontrarse sin alas para volar en ellos; después de haber soñado con todas las bellezas del cielo y de la tierra, encontrarse encerrado en prisiones de carne? ¿No era bastante, para hacer aciaga la que llamo mi suerte, por no acertar el nombre que he darle, ser el cautivo eterno, el cautivo que sabe que morirá cautivo? ¿No era bastante el estar condenado a prestar vida a este cuerpo fatal que me aprisiona, al cuerpo que me oprime y que aborrezco?... ¡No, no bastaba! Aquí, entre las negruras de la cárcel, se ocultaba el tormento; aquí, cerca de mí, llegué a encontrarte y supe que vivías cuando el primer dolor me hirió. Implacable, al sentirme gemir, me descubriste, con la ciencia funesta que posees, el cuadro aterrador de mi tormento eternamente nuevo; tú me dijiste que habría un sufrimiento tras de cada aleteo que el pájaro cautivo intentase en su jaula... Y sabía soñar; tú sonreís-

te, con ironía infame, cada vez que traté de interesarte en mis sueños de oro... Yo venía de un cielo; sabía sus amores y sus dichas, conocía su luz y sus aromas; al verme entre tinieblas, traté de recordar sus esplendores; tú no quisiste, tú me mostraste el mundo negro, hediondo, en que había caído; me enseñaste tu ciencia despiadada, tu saber de hielo; te dijiste mi hermana, y te aborrezco...

LA CABEZA

¡Loco! Como madre te amé. Cuando caíste con las alas rotas, desde los cielos que me pintas en tu amargo delirio, te recibí en mis brazos y lavé con mis lágrimas (¡que también sé llorar!) la sangre que brotaba entre espumas de tu herida. Yo sabía tu suerte (¡para tormento mío, conozco la suerte de cuanto viene al mundo!), y al pensar en tu eterno cautiverio, quise cortar tus alas. Si habías de morir entre prisiones, ¿para qué conservar el instrumento de tu pasada libertad? ¿Acaso al mirar, prisionero, las blanquísimas plumas, no habías de pensar con amargura en el dorado espacio que un día las tiñó con sus reflejos? No consentiste, y aún rebelde ale-

teas y te agitas, y a cada nuevo impulso que te prestan tus alas, chocas con las paredes de tu encierro, y gimes, presa de dolor. Quise enseñarte mi infalible ciencia; tú la llamaste infame, imaginando acaso que sólo por envidia trataba de extinguir la llama que consume tu pecho. ¡Iluso!... Quise apartar de tus ojos las visiones que en seductor cortejo te cercaban, haciéndote soñar con imposibles... ¿Que perdías ensueños? Yo te ofrecí mi amor para consuelo... ¡Mi amor, que despreciaste!

EL CORAZÓN

¡Tu amor! ¡Ah, no recuerdes ese amor maldecido!... ¡Tu amor que desprecié, tu amor me dices!... ¿Qué se hizo de tu ciencia, o por qué, si lo sabes, me atormentas así, cruel esfinge? Tu amor... Dirás el mío..., ¡el mío!... ¿Cómo ignorarlo, si es mi mayor suplicio; si desde el día mismo en que caí del cielo, en que me hallé a tu lado, te amé con toda la energía que bebí entre las nubes de mi patria; si hasta soñé trocadas en auroras celestes las horrendas negruras de la cárcel; si vestí con reflejos diamantinos

las sombras; si sonaron a música de ángeles tus primeras palabras en mi oído; si al mirarte me pareció la tierra más hermosa que el más hermoso cielo; si soñé con romper nuestras prisiones y llevarte en mis alas al país de mis ensueños?... ¡Tu amor..., y no acertaste a comprenderme! ¡Tu amor, y no quisiste elevarte conmigo! ¡Tu amor, que hizo cadenas de tus brazos para amarrarme al cieno! ¡Tu amor, que abrió en tus labios sima profunda donde enterraste los ensueños míos!... ¡Tu amor! Di, si lo sabes (¡tú que lo sabes todo!) por qué lloro. Porque te quise alzar y te arrastraste; porque quise mostrarte la luz del cielo, y cerraste, implacable, tus adorados ojos; porque quise soñar, soñar contigo, y tú me despertaste en nombre de tu ciencia, de tu menguada ciencia, que se llama Verdad, pero que mata, como mata las flores en el valle el alud que descendió del monte, el alud, que es blanco, blanco, deslumbrante..., ¡pero helado! No me hables de tu amor, que es mi tormento. Hermana, madre, amante... ¿Qué nombre te daré que no profane al encerrar en él tu alma de hielo; ni cómo amarte, si no sa-

bes soñar; ni cómo no adorarte, si te adoro, eterna compañera?...

LA CABEZA

Llámame esposa. No, no soy tu hermana, porque no soy tu igual, porque no hablo tu arrobador idioma; no soy tu madre, porque jamás el águila engendró al ruiseñor; no soy tu amante, porque no es el placer quien me hizo amarte; porque he venido a ti cuando gemías; porque sufro, adorándote, al mirarte; porque tú, que me adoras también, sufres por mí. Sí, soy tu esposa; soy tuya y tú eres mío. Ven a mis brazos, ven y sueña..., ¡sueña! Yo no puedo soñar; pero escuchándote olvidaré, tal vez, por un momento, la pesada cadena de la Verdad y la Razón que arrastro... Mira; serán tus sueños más hermosos, cuando yo te los vista con la luz refulgente de lo Cierto. Ven; no te agites más, y ama tu cárcel, porque es la mía; endulza nuestros males con tus cantos. Ven a mis brazos; no te arredre el dolor... ¿Qué, no lo sabes? ¡El dolor es fecundo!... Abrázame, verás cómo fundidas en una sola nuestras dos esencias, engendra-

mos al hijo poderoso, dulce y fuerte a la vez. Ven... De dolores nacieron las grandezas... ¡Que fecunde mi seno el calor de tu alma! Ven... ¿No me amas?...

EL CORAZÓN

¡Esposa!...

NOCHE

EL SILENCIO. LA NOCHE. EL RUISEÑOR. LA ESTRELLA PÁLIDA. EL ARROYO. LOS FUEGOS FATUOS. LAS FLORES NOCTURNAS. LA LUCIÉRNAGA. EL AMANTE. LA NIÑA.

EL SILENCIO

EXISTO? Los poetas me han cantado desde que el mundo es mundo, y el mismo Dios me ensalza cuando promete al Alma. «En el silencio te hablaré...» ¡El Silencio! ¿Quién soy? El genio de las alas negras, el genio que se cierne sin agitar los aires, el que besa los labios y hace dormir en ellos las palabras... Yo reinaba, reinaba con la sombra, que gozaba mis callados amores; pero un día me arrebató el cetro una hechicera que nació no sé dónde, en el seno del Caos: se llama Vida... Triunfó sin lucha... Antes de dar batallas ya

venía en un carro de victoria. Sus heraldos eran luces, y su cortejo risas... Reía, y a su paso, y a los ecos de su voz, surgían nuevos mundos, vibraban notas nuevas, que se enlazaban con ritmo soberano para entonarle un himno. Huí, ocultando el rostro con las alas... Llamé a mi compañera. «Sombra —le dije—, ven conmigo; huyamos, busquemos otros mundos..., ¡que luces y sonidos profanaron el nuestro!» No respondió. Miré... Tras del carro triunfal de mi enemiga marchaba mi adorada prestándole homenaje. «¿Te vas? —gemí—. Mi vida, ¿me abandonas? ¡Oh, Sombra, vuelve a mí!» «Ya no me llamo Sombra; la Vida me ha admitido en su cortejo. Me llamo Noche... Adiós...» ¡Huir! ¿Adónde? A buscar otro imperio... Una niña dormía; su profundo reposo me sedujo. «¡Aquí podré reinar!» Plegué las alas y me acerqué a su rostro; pero al rozar su frente con mis labios, tras el suave aleteo de su sangre, percibí los mil ecos de entrecortada y rara sinfonía. Era el tropel radiante de los Sueños, que danzaba en la loca cabecita, agitando en su danza cascabeles de plata... Alguien dijo al pa-

sar a mi lado: «Reina la noche en el jardín». La noche..., la que fué mi amiga. Corramos; si ella reina, si no olvidó mi amor, me dará parte en su florido imperio. Heme aquí, Noche, hermosa Noche; de nuevo te encontré.

LA NOCHE

¿Me buscabas? Aquí estoy: te he escuchado... Aún soy tu amiga, aún podrás a mi lado, algunas veces, hallar morada... Mas no puedo entregarme por completo a tu estéril amor... La Vida nunca duerme, y donde hay vida cesa el Silencio. Escucha. En la Noche se elevan las voces que en el día se apagaron; en la Noche entonan sus canciones los humildes... ¡Ah, déjalos cantar! Si con su regocijo o con sus quejas vienen a interrumpir nuestros delirios, no dejarán jamás de bendecirte al obligarte a huir... Y también para mí habrá bendiciones. Escucha...

EL RUISEÑOR

Cesó el desaliñado concierto de los pájaros, que aturdieron el jardín durante el día; cesaron las vocecillas agudas de los niños; se hizo el Si-

lencio; bajo su amparo podré llorar, cantándolas, mis penas. ¡Ah, bendito el Silencio!

LA ESTRELLA PÁLIDA

Se obscureció el espacio. El tirano que difunde sus rayos con orgullo, anegando en sus luces toda otra luz celeste, huyó: podrá en la obscura noche titilar tembladora mi luz débil. ¡Noche bendita!

EL ARROYO

Yo sé alegres rapsodias y baladas tristes; saltando entre las guijas arranco de ellas sones de lira. ¿Quién me escucha en el día? La grandiosa leyenda del Trabajo ensordece a la Tierra con escalas sonantes y robustos arpegios. Duerme el Trabajo, reina el Silencio. Oid, hermanos, mi dulce música. Bendecid al Silencio, que os dejará escucharme.

LOS FUEGOS FATUOS

Hay gentes orgullosas que en el día, analizando nuestra esencia leve, sonríen despreciándonos. ¿Quién temerá al vapor que se desprende

del pantano fangoso? ¿Quién le verá siquiera? Llegó la Noche; dejemos nuestras húmedas moradas; saltemos a la Tierra; brillemos con el lívido reflejo de lo que ya no existe, y persiguiendo al hombre, a través de los campos solitarios, digámosle, severos, el fin de sus mentidas ilusiones, contándole la historia de aquel cuerpo que nos dió vida, de aquel cuerpo que duerme devuelto a las entrañas de su madre, de su madre la Tierra. ¡Somos el Desengaño! ¿Quién oyó al Desengaño cuando inundaba el Sol los horizontes de su menguada vida? ¡Bendita, oh Noche, que con tu sombra nos has prestado bruñida losa negra donde trazar con lenguas ondulantes, lenguas de fuego, las palabras solemnes que repiten verdades!

LAS FLORES NOCTURNAS

Sí; bendita y bendita la sin igual frescura de tus sombras, la que permite abrir nuestras corolas y exhalar nuestro aroma, el que guía a las pobres mariposas de noche, las de las alas blancas, las del cuerpo de plata, que no resistirían a los rayos del sol. ¡Bendita seas!

LA LUCIÉRNAGA

Pomposas se ostentaron las flores en el día. Orgullosas las aguas reflejaron el sol, centelleando como infinita sarta de diamantes. Bañada en luz, la tierra no me vió. Ahora yo, la pequeña, la despreciada y débil, parezco un astro; ahora mi luz fosforescente y vívida hace valer sus tonos azulados, prendida entre las sombras; ahora soy el brillante caído en las tinieblas. ¡Oh, Noche, benditos tus crespones!

EL AMANTE

... ¡Cómo brillan tus ojos en la noche! ¡Con qué delicia escucho en el silencio el rumor de tu aliento perfumado! ¿No ves constelaciones diamantinas que adornan las tinieblas con reflejos de dicha?

LA NIÑA

¡Bendita la Noche! ¡Bendito el Silencio!

EPÍLOGO

FUÉ el primer día gris, después de cien días de oro, cuando la niña pasó la última página del libro.

—¿No más?

—No más, mi vida. Las musas sólo viven entre rayos de sol: los cielos grises ahogan sus canciones.

Suspiró...

—¿Tú estás triste, mi poeta, cuando las musas callan?

—Siempre tuvo mi alma el color de los cielos.

—Yo seré la musa de tus días grises.

Y con voz murmurante, como pasar de brisa sobre campo de lirios, dijo al poeta el cuento peregrino de risas y de besos..., ¡y aún habla!

FIN
DE DIÁLOGOS FANTÁSTICOS


FLORES DE ESCARCHA

DEDICATORIA

A SALVADOR RUEDA

Sólo a usted, el más sincero de nuestros grandes poetas, me atrevo a dedicar estos versos, que no tienen otro mérito que la sinceridad.

Quiero que al llegar a sus manos le den testimonio de la admiración de un discípulo y del cariño entrañable de un amigo.

Pudieran también dárselo de agradecimiento sin límites, pero no me atrevo a encargarles de misión semejante, porque sé de sobra que hasta su corazón privilegiado no puede acercarse la gratitud más que vestida de amor.

Ahí van. Son las primicias de mi arte, olvidadas mucho tiempo. Van sin aliño, sin corrección alguna; tales como fueron pensados, tales como salieron hechos de mi corazón...

Son versos libres. Mis buenas hadas, sin duda, no quisieron concederme el don de la rima. Si rimase mis versos, acaso fueran más hermosos, pero no serían sinceros.

El día en que mi nombre amparase una obra no sincera, renunciaría a llamarme poeta... Y, usted lo sabe, el nombre de poeta es mi único título de gloria, el único espacio donde acierta a volar el pajarillo ambicioso que ha hecho nido en mi alma.

Sabe usted también que este libro está muy lejos de todos mis trabajos actuales. Por eso le publico: como postrera mariposa de una primavera de arte..., como amante despedida que envía mi corazón a sus días de ensueño: ¡sus días de oro!

FLORES DE ESCARCHA

INTRODUCCIÓN

No son mis versos rosas ni claveles, ruiseñores ni alondras. No embelesan con vistosos matices, ni el espacio se inciensa con su aroma peregrino. No aletean, no viven: son unánimes flores de escarcha.

¿Dónde han nacido? ¿En qué jardín de muerte se abrieron a la vida? Los vapores, alzándose del seno de las aguas, huyeron a los aires: en lo alto sintieron frío, y su ligera esencia trocóse en lágrimas.

Cuando huyó el sol, las lágrimas aquellas, mariposas de noche, aleteando entre rayos de luna, descendieron al mundo... Y al brillar la nueva aurora toda la tierra apareció cubierta de estrellas blancas.

También del alma muchas veces surgieron arrogancias: en su ilusión acaso ambicionaron con puñales de luz rasgar la noche; prender incendios de pasión, de vida en pechos yertos.

Mundo adelante, hallaron a su paso frío de muerte, indiferencia eterna; por aplauso, el silencio; por corona, cerco de espinas. Al principio, lágrimas brotaron de mis ojos. Luego, el llanto trocóse en versos.

Por eso blancos son, blancos y rígidos; por eso amor no cantan. Mas no teman las almas que amen acercarse a ellos. Como flores de nieve, al primer rayo de amor caerá su rígida blancura deshecha en lágimas.

NUBES

En la serenidad de un mediodía el incendio estalló. Surgió implacable, potente, con rudeza de fiera largo tiempo encadenada, que rompe sus prisiones, y con ansia voraz se precipita, saboreando la fruición suprema de destrozar al que su ley le impuso. ¡Guardaos del esclavo si sus cadenas destrozar consigue; temed la fuerza incontrastable de los negros rencores, que un día y otro día vuestra injusticia amontonó en su pecho! El incendio estalló: surgió potente. El soberbio edificio fué su presa, y entre volutas de humo elevaron las llamas sus lenguas retorcidas que lamiendo los muros, enroscándose cual serpientes de fuego a las columnas, obligando a saltar en mil pedazos los artísticos vidrios, parecían legión de diablos in-

vadiendo un cielo. De fuego mortal lluvia agostó los jardines, mató los nidos y secó las fuentes. Caían los fragmentos en la hoguera, y al golpe, hasta los cielos se elevaban haces de chispas, que pidiendo auxilio rompíanse estallantes en la altura. También auxilio pide aquella obra maestra de los hombres, que se hunde envuelta en temblador sudario de fuego. ¡Auxilio! ¿Y quién su voz escucha?

Allá en lo alto, en la región serena inaccesible a la soberbia humana, complácese un tropel de negras nubes en contemplar indiferente el daño. ¡Nubes, nubes henchidas de infinitas refrigerantes gotas!... ¡Si quisieran! Si dejando piadosas desbordar los raudales de sus aguas lanzasen sobre el fuego el tributo bendito de su llanto, aún podría salvarse el edificio que con la muerte lucha. Pero en vano es que lágrimas de oro asciendan hasta ellas; es en vano que el viento arrastre hasta su altura el fatigoso alentar de la fiebre que se padece abajo... Despiadadas contemplan con desdén la inmensa hoguera, y acaso se complacen al mirar aquel humo que escribe la tragedia en los espacios: tal vez le creen me-

recida ofrenda que la tierra humillada les tributa ¡sólo porque están altas! ¡Gozad! No mucho tiempo... ¿Sentís los remolinos de aire cálido que llegan a vosotras? Corrientes de venganza rasgarán vuestro seno, y caeréis, ¡sabe Dios!, no en los jardines donde fragantes copas os reciban; no en la pradera fértil que os ofrezca por lecho su manto de esmeralda; no en la nevada cumbre donde se trueque vuestra clara linfa en diamantina estrella... ¡No! Caeréis en los mares, en los mares inmensos, donde traidoras olas por siempre amargarán vuestra existencia. Caeréis en el pantano, y en fango sepultadas a flores que envenenan daréis vida. Caeréis en el desierto, y en su abrasada fiebre moriréis infecundas. Caeréis en el volcán; su horrible cráter será vuestro sepulcro, y allí el fuego os pagará con destructor abrazo la ayuda que prestasteis a sus iras con vuestra criminal indiferencia.

Nubes, las que reináis en las alturas, las que encerráis consuelos y los negáis avaras; temed, temed a la humillada tierra...; temed, porque caeréis, y ¡ay, infelices las que escucháis gemidos y sonreís pasando!...

SEPULCRO DE POETA

En lejanos países donde el Sol es el rey, donde derrama su luz a manos llenas, sembrando vida con la lluvia de oro de sus ardientes rayos, hay un pueblo que entierra a sus poetas en el tronco robusto del rey del bosque, del baobab gigante. ¡Hermosa sepultura! Hermosa y digna de causar envidia al poeta que duerme en grandioso sepulcro, cincelado por la mano del Genio, sintiendo sobre el pecho el peso grave de mármoles y bronces... El bardo humilde que cantó la selva, en la selva descansa... Una piadosa ninfa le ha prestado su mansión misteriosa, y entre cielos y tierra suspendido, dormirá el sueño eterno, oculto en las entrañas de la vida; y de su cuerpo en torno

sentirá la caricia halagadora de la savia que asciende... Y al llegar la estación de los amores, florido aniversario de todo corazón que fué poeta, Naturaleza, su adorada virgen, suspenderá en los aires, para halagar a su candor ferviente, de follaje coronas perfumadas, y tendrá en los lamentos de las brisas exequias amorosas. Sobre su corazón—lira vibrante—no pesará la tierra... No apagará los fuegos de su pecho el frío de la losa... No callará su voz, su voz potente, que lanzó en otro tiempo, en dulce estrofa, melodioso canto... No callará..., que siempre se escucharán sus mágicos acentos en el dulce susurro del follaje mecido por las áureas, y no faltarán nunca sobre el sepulcro del cantor de amores, ni cantos, ni perfumes, ni colores.

LLUVIA DE NOTAS

De entre los caos de ideas armoniosas, que aleteaban en confuso giro, surgió el Preludio. Elevóse en los cielos lentamente, como nube de aroma, desprendida de áureo incensario, arrobando las almas con la magia de sus mil notas. Parecía tan sólo concebido para ser entonado por los ángeles en arpas de oro... Y al morir, en suavísima cadencia, perdiéronse sus notas como lágrimas que seca un beso.

Desdóblase el motivo: de un lado, suavidades de misterio; de otro, fuerza. ¡Es el dúo! Las notas, saltadoras y argentinas, chispean como espumas en copas de diamante, y cantan en su ritmo apasionado caricias y suspiros, lágrimas

y sonrisas... ¡Toda la amante esencia de dos almas!

Para ensalzar las inefables glorias del amor, que es señor de cielo y tierra, se han unido las voces de los hombres, todos nacidos porque amor existe. Y en robustas estrofas que recuerdan ruidos de vendaval, rugidos de olas, estruendos de batallas, entonan al dulcísimo tirano himno de honor en resonante coro.

Gracias y risas pueblan los aires; ríe en los cielos el sol de fuego, ríe en la tierra loco bufón... Canto vibrante, canto ligero, como estallido de alegres fuegos artificiales, de mil cohetes que se levantan surcando el cielo con arabescos de cien colores, con encendidas risas de oro... Feliz bandada de mariposas blancas y azules; todas nacidas en la mañana, todas diáfanas, todas risueñas, pirueteando en contradanza fascinadora, bebiendo vida en los dorados rayos de sol...

Luces y sombras, risas y lágrimas, fondo esplendente de esmalte azul, sobre el que trazan ricas leyendas radiantes signos de pedrería, que cuentan fieles las penas rojas, las dichas blan-

cas... Escala mágica de sensaciones, huella inefable que el alma deja en los espacios, cuando recorre, vida adelante, la vía mística que desde siempre le fué trazada.

MARIPOSAS

No hay edad en la vida sin ensueño, como no hay estación sin mariposas.

Ostentan mil colores las que nacen cuando Abril amanece. Son ligeras, diáfanas, juguetonas inconscientes... Así son los ensueños de los niños.

También hay mariposas en verano, también hay mariposas... Son el polvo que al aventar las mieses, de las eras en remolinos de oro se levanta. Sueños de juventud —¡siempre dorados!— que en pecho varonil hicieron nido.

Son las hojas que pálidas y lentas caen en el silencio de los tristes árboles, mariposas de otoño... Ensueños de alma que el amor agotó y anhela triunfos.

Copos de nieve son las mariposas de invier-

no... Para el alma, blancos sueños, forjados con las lágrimas lloradas a través de una vida. No en coloras de ilusión liban néctar: se sostienen con el aroma tenue y misterioso de las antiguas flores, ya segadas, que se llaman recuerdos.

En la vida no hay edad sin ensueños. En la tierra no hay tampoco estación sin mariposas.

Y ¡ay de las mariposas rezagadas! Si son de primavera, el sol de Julio en mar de fuego anegará su vida. Si son de estío —polvareda de oro— arrastradas serán al primer cierzo. Si en otoño nacieron, si han caído en la pomposa fronda de una vida que anhela más aunque llegó a la cumbre —porque sólo la muerte cortar puede las alas de la eterna mariposa que espíritu se llama—, los rigores del invierno, las lluvias, las escarchas, sabrán trocar su palidez poética en infecta negrura. Si en invierno vieron la luz, si son copos de nieve, sueños de anciano..., ¡ay de ellas si se obstinan en oponerse a nuevas primaveras! Del sol de Abril los rayos poderosos convertirán en fango su blancura.

. . . .

¡Ay de las mariposas rezagadas!

REBELDE

¿QUIÉN os ha dicho, ¡quién!, que aunque vencido he de aceptar la hipócrita limosna de vuestra compasión? ¿Quién dió derecho a vuestra dicha injusta y altanera para ofrecerme entre mentidas lágrimas —¡mentidas, sí, porque vuestra alma ríe!— consuelos que son crímenes, alivios que se ciñen al pecho ensangrentado como cilicios de punzante abrojo? Dejadme solo..., ¡solo! Huid felices. Dejad que, batallando con mi angustia, la venza o muera... ¿No sabéis? Si al lecho donde agoniza un triste, los dichosos para prestarle auxilio se inclinaran, cumplido aquel deber, el rostro alzando, sonreirán sus ojos. ¡Yo no quiero junto a mi lecho de dolor sonrisas! Sufrimiento os pi-

diera si os amara. Si me amaseis, vertierais a mi lado sangre del corazón, no llanto estéril. Ni os amo ni me amáis. ¡Dejadme solo! Seguid vuestro camino hollando flores, ya que el destino quiso que brotasen a vuestros pies. En tálamo de espinas se agitará mi cuerpo macerado; mas no temáis que arranque el sufrimiento a mi pecho un gemido, que mis penas turben vuestro reir. Si mis entrañas siento despedazarse, acaso grite; pero han de parecer por lo arrogantes mis gritos de dolor gritos de triunfo. Soñé laureles, vencedor. Vencido, quiero corona de odio —rosas rojas—, no guirnalda de lirios incoloros que con mentira eterna cuente al mundo lástima infame. ¡Máscara villana, que cubrió vuestro rostro!, ¡¡el que reía al mirarme caer!!

PRIMAVERA

PRIMAVERA inició su reinado; Primavera emprendió su camino por montes y llanos, por campos y bosques, y las flores cubrieron la tierra, y pobló la inmortal sinfonía de notas antiguas los aires azules.

Se viste pomposa casaca esmeralda el negro gigante que reina en la selva, y se mira en las aguas del lago.

El almendro mece la florida copa, la que guarda en mil pétalos blancos el matiz de los copos de nieve, que lentos cayeron de los cielos grises en los días grises del pasado invierno. ¡Que las nieves que caen, aunque pasen, en las flores dejan marcada su huella!

Rompió Amor riendo las frías prisiones, y en los rizos dorados de Aurora arrogante plantó su bandera: una rosa de pétalos rojos en que puso el rocío dos perlas.

VERANO

TRIUNFA el sol en un cielo de limpio esmalte; ondulan en los campos granadas mieses, y al chocar las barbudas espigas de oro parecen viejecillas murmuradoras que al oido se cuentan chismes de aldea.

Bajo el palio esmeralda de hojas y pámpanos dormitan los racimos, los que en el seno de sus granos, teñidos de ámbar y púrpura, llevan oculto el germen de la alegría.

Las aguas del arroyo forman cascadas, y entonan en sus márgenes, anacreónticas, de ritmo discordante, ranas y grillos.

Un tropel de chicuelos, buscando campo donde lucir gimnásticas habilidades, zambúllese en las ondas, y hay un concurso de planchas y

de saltos y volteretas. Sonrójanse los álamos de las orillas, la desnudez mirando de los muchachos, y sobre ellos despliegan velo de encajes, tejido por los rayos de un sol de Agosto, con la sombra oscilante de sus mil hojas.

¿Quién sabrá los secretos de las espigas? ¿Quién comprenderá el canto que rima el agua? ¿Qué corazón entiende la oculta letra del himno que a la tierra —salterio inmenso— arrancan los ardores de un sol que triunfa?

OTOÑO

Como rey destronado, que en silencio se despoja de púrpuras y armiños, viste el tosco sayal, rompe la espada y a la sombra del claustro se retira, la tierra se depoja lentamente, al primer cierzo del brumoso Octubre, de toda aquella pompa, que fué su gloria en días ya pasados. Y así es el alma del Otoño, el alma de la gran poesía; así es hermoso como toda agonía de grandeza.

Primero van tornándose amarillos los bosques antes verdes, y las ramas, que en lo alto se cruzan, fingen cúpulas de ideales palacios. En las viñas bórdase el terciopelo de las hojas con matices de púrpura y de oro. Cada tarde hunde el sol su rojo disco, como inmenso topacio, en un

océano de fuego, y se cincela con las nubes aureolas y nimbos deslumbrantes. Aún es el aire suave. Algunas hojas, que caen, revolotean dulcemente... Parece que volvió la Primavera; pero una primavera, en la cual cielos, tierra, bosques, pradera, mariposas..., ¡todo fuese de oro! ¡Suena, lira! Otoño es la estación de los poetas, que con las hojas mueren. Vibre el arpa, y cante el extinguirse de una vida ¡que hasta muriendo sabe ser hermosa!

INVIERNO

Es la estación sin pájaros ni flores; única edad del año en que no ríe el sol cuando amanece. Duerme la vida y calla; los niños lloran porque tienen frío, y los ancianos tiemblan. Es tristeza el invierno, y sin embargo su encanto nos domina, y amor y admiración al alma impone su pálida hermosura, porque en el gran silencio de sus horas se escuchan las canciones que brotan del espíritu, y que apaga en Abril y en Octubre el grandioso concierto de la vida. Porque el manto de armiño con que las nieves cubren a la tierra, es la página en blanco ¡en la que caben todos los poemas!

LA LINTERNA MÁGICA

El salón está a obscuras. La turba de chiquillos impaciente rodea en un rincón el aparato fantástico y sombrío. Brilla una luz: sobre la tela blanca círculo luminoso se proyecta grande, frío, incoloro... Corre el cristal: imagen peregrina surge en el foco: oscila vacilante breve espacio...: se fija. Es seductora cabecita de niña: bucles de oro, labios de guinda, frente de alabastro. Despliega, sonriendo, banda purpúrea en la que letras rojas, «¡Salud!», escriben como amable lema. Sonríe y pasa... El infantil enjambre paga el saludo con nutrido aplauso, y espera. Otro cristal... ¡Qué triste historia! ¡Pobre Caperucita! Por el bosque camina diligente, que su abuela está enferma y le lleva

provisiones. ¡Cuánta nieve..., qué frío! Llega el lobo..., la devora... ¡¡Qué horror!! Únicamente sobre el nevado suelo se destaca la roja caperuza, como inmensa amapola de inverno... ¡Triste historia!

Pequeños, no lloréis: mirad al foco. El burlador payaso ha aparecido. Ríe con carcajada silenciosa y disloca sus miembros en imposibles contorsiones: salta, baila, se agita, acciona; en trágico ademán, lanza a los aires su grotesco sombrero... Reid... ¡Es muy gracioso este payaso! Reid... Luego batallas, jinetes y caballos que combaten. ¡Qué entusiasmo! Más tarde... es una historia también triste: Pierrot y Colombina que se aman y después dejan de amarse.—«¿Triste decís? ¿Acaso puede serlo una escena de máscaras?» Pequeños: ¡no entendéis el secreto de la historia!

Callad... Luego viajes, Robinsones y negros, verdes islas...

Después... una princesa prisionera suspira conducida en rica torre de un elefante sobre el ancho lomo: cercada de negrísimos guerreros, llega al soberbio alcázar, donde la espera el prín-

cipe gigante, y al querer estrecharla entre sus brazos el infame raptor, ella se escapa convertida en dorada mariposa, y con ligero vuelo en los aires se eleva. ¡Qué alegría! ¡Era tan feo el príncipe gigante y ella tan linda!... ¡Bravo! Luego espectros con horribles guadañas...; más payasos. Después... ¡cien mil historias! Y al fin, entre las garras encorvadas de feroces quimeras sostenido, un escudo radiante, que con letras de infinitos matices repite una y mil veces al público infantil: «¡Muy buenas noches!»

Nada después; sobre la tela blanca círculo luminoso se proyecta de nuevo, grande, frío, indiferente. No guarda ni una sombra de todas las figuras que en su seno vivieron un instante.

La turba de chiquillos se dispersa. «¡Qué asombro! ¡Qué bonito!» «¡Pobre Caperucita!» «¡Qué gracioso el payaso!» «¡Qué linda la princesa prisionera!» Y un precoz pensador de diez abriles, intrigado, pregunta a una rubia y graciosa chiquilla: «Di, ¿cuál será el secreto de la historia de Pierrot y Colombina?»

«SPOLIARIUM»

Ardía en su cerebro la santa hoguera que a las grandes hazañas sirve de guía. Amaba a sus hermanos, ¡los hombres todos!, con amor generoso de hombre elegido. Para cada infortunio tuvo una lágrima, para cada agonía tuvo un consuelo; con todos los que lloran, llorar lograba; con todos los que ríen, reir sabía... Amaba a sus hermanos... y era poeta. «¿Qué les daré —pensaba—, pues que les amo, y amor que dar no ansía, vivir no sabe? ¿Qué les daré?» Y buscando digno tesoro, cielos, tierra y abismo su amor corría. «¡Hermosos son los cielos! Cien mil poemas he de hacer con su manto color de dicha. Cantaré las estrellas, que son diamantes prendidos en estu-

che de terciopelo; cantaré los fulgores del medio día; cantaré las serenas noches de estío, cuando boga la luna —barco de nácar— en el mar sin orillas del claro espacio; cantaré los alcázares de oro y de púrpura que el sol cuando se pone va construyendo; cantaré las batallas de nubes negras, cuando van empujadas por vendavales a descargar tormentas sobre las mieses.» Dijo. Y cantó los cielos. ¡Santa epopeya! «Tomad mi amante ofrenda, ¡tomadla, hermanos!» La Humanidad, por pago de su ternura, rimó una carcajada con cada estrofa. «¡Loco está! —repetía—, ¡loco el poeta! Cantar quiso los cielos... ¡Dios le perdone! Cantar quiso los cielos...» Y se reía.

El poeta lloraba; su pecho humilde casi le hacía un crimen de la derrota. «Fuí soberbio. ¡Qué lira mortal merece hacer vibrar sus cuerdas cantando el cielo! También la tierra es grande. ¿Por qué un poema no he de hacer con la linfa de sus arroyos; con la espuma que salta sobre las aguas; con las mieses que ondulan; con las rapsodias que en las frondas entonan los ruiseñores; con las olas que rompen

sobre el escollo; con las húmedas playas que el sol orea; con el vergel florido que inciensa el aire; con la inmensa llanura, con el desierto, con el mar, con el bosque, con el torrente..., ¡hasta con el infecto montón de fango! ¡Que cuando el sol al fango su luz envía, se quiebra el rayo de oro y el iris surge!» Dijo. Y cantó la tierra. ¡Poema hermoso! «Tomad mi humilde ofrenda..., ¡tomadla, hermanos!» La Humanidad, de nuevo, con cada estrofa rimó una carcajada. «¡Gran poesía! Canta el fango su musa... ¡Menguada musa! De fijo a algún murciélago robó las alas. Malvado es el poeta, pues que sus cantos la tierra glorifican y el barro endiosan. Riamos por no odiarle...» ¡Pobre poeta! De nuevo su desdicha, juzgando crimen, reniega de sus versos. Eran paganos. Cantará los abismos... Pero los hombres su canción tenebrosa tampoco escuchan. ¿Qué les dará? ¿Qué ofrenda sabrá mostrarles del fuego que le anima la llama ardiente? Con todos sus ensueños, sus ilusiones, sus deseos, sus luchas, sus esperanzas, formará el más hermoso de los poemas. «Hasta hoy he sido avaro. No os dí mi alma.

Fuera de mí buscaba bondad y belleza. Mi amor daba limosna robada al mundo. ¡Desde hoy, con propia sangre regaré el campo donde quiero que brote la mies bendita!» Dijo. Y cantó su alma. La nueva ofrenda cayó a los pies del mundo, y el mundo entero protestó a grandes voces: «¡Un alma, un alma...; el alma de un poeta cantada en versos! ¡Qué orgullo! Destruyamos al vate loco que al cielo y a la tierra su alma prefiere. ¡Es Satanás!» Las turbas se precipitan sobre el alma, que en prenda de amor inmenso cayó a sus pies. Rugientes, la despedazan, pisotean y escupen su rostro, empañan con insultos sus ojos..., rompen el cráneo que asilo dió a la idea, reo de muerte. Retírase, cumplida la alta justicia —así llamaron ellos a su venganza—; barrió luego el olvido la roja arena, y hacinado el cadáver con otros ciento formaron sus despojos montón informe entre la carne muerta del *Spoliarium*...

SORTILEGIO

LLEVAS —le dijo el esposo— nimbo de oro en la cabeza. Ella sonrió y —¿te gusta?— repuso con dulce voz: —Tanto, que para ceñirle con diadema de laureles, por cielo, tierra y abismo iré la gloria a buscar. —¡La gloria! El nimbo de oro que por tu amor resplance... más que con laurel, con besos me gustaría ceñir. —¡Mis besos! Como diamantes, entre la inmortal corona que mi esfuerzo te conquiste quiero mil de ellos prender. ... ¿Lloras? —La gloria es sirena que a quien la busca seduce. ¡Ay de mí, si entre sus brazos bajas al fondo del mar! —Del mar perlas y corales traeré para tu garganta. —¿No sabes que es tu cariño de mis joyas la mejor? ¿Quién de-

fenderá tu vida? —Tu oración será mi escudo. ¡¡Adiós!!

....

....

¿Dónde está el esposo que en pos de la gloria fué? En las aguas silenciosas engañóle la sirena. Sobre lecho de corales duerme en el fondo del mar. Ya la frente de la esposa no ciñe el nimbo de oro, porque en diadema de plata hilo a hilo se trocó...

CREACIÓN

I

Recordáis de la vieja Escandinavia la trágica leyenda que trata de explicar la Creación? ¿Sabéis el nacimiento del gigante que surge de los hielos al hálito del Padre Universal? ¿Sabéis que en rosa se trocó su carne, y enhiestas cordilleras su poderoso cuerpo moldeó? ¿Veis cómo forma su conveso cráneo la bóveda celeste, y cómo de su sangre nace el mar? ¿Veis su cerebro que en los aires flota decorando sus átomos con gasas blancas el espacio azul?

¡Cantad, poetas, la leyenda antigua, que vuestra imagen es! En tinieblas dormíanse las almas. Nubes de poesía, esferas de belleza, cordilleras de nobles pensamientos faltaban a su ardor. Y

vosotros prestasteis vuestra vida, entregasteis el alma, y creando ideales, por vuestro esfuerzo el mundo de lo bello de la nada surgió.

II

¡Poetas! Contemplad la flor del loto que se mece en las aguas primitivas. Mirad, mirad a Brahama que despierta del prolongado y misterioso ensueño. Miradle contemplar los esplendores del Universo todo, que desfilan ante él en majestuosa caravana. Miradle conociendo y descifrando con mente sabia su sentido oculto y dando a cada una el primer nombre.

¡Cantad, poetas, celebrando a Brahama, que vuestra imagen es! Vosotros conocisteis el sentido que el símbolo ocultó; mirasteis desfilar ante vosotros la Belleza inmortal; a los ojos del mundo sus arcanos supisteis descubrir, y disteis nombre propio a los fantasmas, que vestidos de luz, alzó la luna en los dormidos bosques y en las aguas del mar.

SUEÑO DE CARNAVAL

«¿Oísteis cómo cantó
el *adagio?* Ya espira...
a imitación del cisne
canta y muere.»

LARRA.

Se alza en el fondo la ciudad dormida. Del Carnaval pasó la última noche, y asoma en el Oriente la luz pálida del nuevo amanecer. Ved cómo llega el fantástico grupo que habla y ríe. —«Pasan las horas —grita la Locura— y pronto llegará la hora postrera. ¡Riamos!» Y Arlequín: —«Giran los árboles, y los faroles danzan..., y en el cielo hay rigodón de estrellas y de nubes.» El grupo ríe, y la Locura ríe, diciéndole: —«Arlequín, estás borracho..., estás borracho y baila en tu cabeza la espuma del champagne.» —«Danzan, sí, danzan —grita Pierrette—, que yo también los veo.»

—«¡Já, já, já, já! Pierrette se ha embriagado con besos de Arlequín.» —«¿Por qué amanece?» —junto a Pierrot suspira Colombina. Y él: —«Sí..., ¿por qué? ¿Por qué pasó la noche, madre de amor?» Y dice la Locura: —«No lloréis, no, porque se acerca el alba: si tardase en venir, Amor huyera sin esperarla... Si a tu amante abrazo la luz le roba, volverá a buscarte al nuevo atardecer.» Ríen las máscaras, y a la vez hablan todas y se agitan en bulliciosa bacanal. La luna se oculta. —Va en las sombras de los bosques a buscar a Endimión. —«¡Feliz viaje, casta Diana!» —«¡Adiós!» Y las estrellas parpadean. —«¿De sueño?» —«Es que hacen guiños porque han visto pasar...» —«¡Madre Locura, perdisteis los sonantes cascabeles, y vuestra vida acabará en silencio!» —«¡Oh, no será! ¿Quién pasa?» —«Es un poeta borracho.» —«Acérquese, y en mi agonía cante el placer... ¿No viene?» —«Era una virgen su musa, y en la orgía ha sucumbido... ¡El poeta ha olvidado sus canciones!» —«Acércate: yo puedo ser tu musa. ¡Lo fuí de tantos!... Canta mientras muero.» —«Era su frente el cielo; eran sus ojos la noche; era la

risa de sus labios amanecer de amor...» Y Colombina: —«¡Ay de mí!» —gime al escuchar la queja. Y el poeta: —«¿Quién trajo a mis oídos el dulce ritmo de tu voz? ¿Quién eres?» Pierrot responde: —«Es Colombina..., ¡es mía!» Y Colombina, oyéndole de nuevo, gime: —«¡Ay de mí!» —«¡Pierrot! —grita el poeta—. Mientes..., no es Colombina..., ¡era mi musa!» —«¿Tu musa?... ¿Tuya?» La Locura ríe con trágico reir, y el grupo, a coro, repite la espantosa carcajada. —«¡Mía! —llora el poeta—. ¡Lo fué siempre! ¿Cómo pudiste profanar su encanto?» —«Ella, pensando en ti, soñaba amores. Yo murmuré tus versos a su oído... No abrió los ojos: los oyó... ¡y fué mía!» —«¿Y después? ¿Es que aún duerme?» —«Ha despertado; mas en mis labios aprendió la ciencia, la antigua ciencia que el amor descubre, y el amor al ensueño ha preferido.» —«¡Poeta..., mi poeta..., mi adorado! ¿Por qué no me enseñaste tú el misterio?»

—«¡Llegó la hora! —grita la Locura—. ¡Llegó la hora!... En el Oriente vence a las sombras el sol... ¡¡Adiós!!» Y entona canción de extraño

ritmo, en que hay estancias de lágrimas, de risas y de besos. Después quiere brindar; pero ya el vino no tiene espumas. Cae. Al rudo golpe salta el cristal y del licor las gotas salpican a los rostros empolvados, y al resbalar por ellos trazan surcos como si fuesen lágrimas.

. . . .

—«¡¡¡Ha muerto!!!»

. . . .

Y Colombina la besó en los ojos, y Arlequín en la boca... Y bosquejando triste sonrisa, que trocóse en mueca, Pierrot repite: —«¡Ha muerto nuestra madre, y la Razón por reina se proclama! ¡¡Infelices!! Cojamos la careta.»

. . . .

Las máscaras desfilan silenciosas y entran en la ciudad. La luz disipa las nieblas del ensueño. Sobre el fango muestra su cuerpo rígido la muerta, al poeta, ¡que ya no está borracho!

PROVERBIO

No vayas, alma, a mendigar honores al pie de los palacios. No en los dorados pórticos esperes el paso del magnate, ni formes comitiva a la triunfal carroza. No vayas, alma, a despertar rencores al seno de las turbas. No intentes pedestal para tu fama labrarte con auxilio de la fuerza del pueblo, eterno esclavo ¡que eternamente adula y eternamente hiere!

¡Si quieres, alma, honores, lucha sola! ¡Alma, si honor pretendes, lucha libre!

Ni a reyes ni a villanos jamás tu noble orgullo se doblegue, ni a grandes ni a pequeños intentes halagar con tus palabras. ¡Que los grandes salpican, y los pequeños manchan!

EN LO ALTO

Camino de la montaña marchan el mozo y la niña. Van dejando atrás el valle donde la aldea sonríe, donde canta el riachuelo, donde la torre saluda cada día que amanece, con alegre vocerío de campanas y gorriones. El vallè atrás van dejando, y mozo y niña sonríen. ¡Siempre ríe el caminante cuando la jornada empieza!

A mitad de la vertiente arrastra frondosa viña encrucijadas de pámpanos, y despliega el abanico de sus hojas siempre verdes. Detiénense allí un instante, y al galán dice la niña: —«Quiero volver la cabeza y ver el valle y las mieses. Quiero mirar el arroyo que va corriendo entre

juncos». —«*Espera, espera, mi alma...; ya mirarás en la cumbre*».

Caminando, caminando, llegan donde el bosque empieza. Dos encinas se adelantan como vigías celosos. De una copa a la otra copa tiende la yedra festones. En las ramas suena el aire... ¡Quién sabe si llora o canta! Las esquilas del ganado tintinean en la aldea. Al escucharlas, la niña dice: —«Quiero ver el valle, quiero ver sobre los campos el vellón de los corderos, las volutas que dibuja el humo de los hogares sobre el cielo azul y oro».—«*Espera, espera, mi alma...; ya mirarás en la cumbre*».

Han dejado atrás las mieses, han dejado atrás el bosque... Ya no sonríen sus labios, ¡que es harto rudo el camino! Fórmanle rocas peladas que en los pies abren heridas... Dice la niña llorando: —«Déjame mirar el valle, déjame mirar el bosque, y el arroyo y la pradera...» Y él replica: —«*No, mi alma; ya mirarás en la cumbre*. Si vieras..., ¡es tan hermoso el mundo desde la altura!»

Ya llegaron, ya llegaron; encima de sus cabezas no hay más dosel que los cielos; la montaña

les ofrece ancho pedestal de roca. Todo calla; ¡que en lo alto toda voz mortal se extingue! —«Ya puedes mirar, mi alma»— dice el galán a la niña. Ella miró... y a sus ojos lágrimas mil acudieron. ¿Por qué llora? Es que las nieblas han caído sobre el valle; es que ocultan su hermosura con los pliegues opalinos de impenetrable sudario. Para mitigar su pena al galán miró la niña. El galán también lloraba con el rostro entre las manos. ¿Por qué lloran? ¿Por qué lloran? Son lágrimas de tristeza las lágrimas de la niña: llora por no ver el valle, donde su hogar ha dejado. El mozo llora de orgullo... porque sabe que las nieblas la cima altanera ocultan, y aunque los ojos levanten, y aunque miren hacia arriba, no podrán ver los de abajo que supo escalar la cima.

¿.....?

Yo sé que hay un volcán bajo la nieve que corona la cima solitaria. Sé que si un día su prisión granítica el torrente de fuego romper logra, se fundirán las nieves a su paso, y descendiendo, llevarán al valle benéfica oleada de aguas tibias.

Yo sé que aquella nieve que en lo alto ostenta su blancura desdeñosa, al cabo sentirá su indiferencia deshacerse al impulso omnipotente de los fuegos que duermen en la entraña del secular gigante de granito, y que las mil estrellas, que forman su manto, por el fuego convertidas en gotas, rodarán por la pendiente y sabrán con cintura de follaje engalanar el valle y la ladera.

....

Yo sé de un alma, solitaria cima, que eleva

su grandeza hasta las nubes: yo sé que con sonrisa desdeñosa ha formado a su pecho algo que juzga impenetrable escudo, y es tan sólo manto de armiño, que perdura rígido porque se halla en la cima a que le alzaron las alas de su genio poderoso.

Yo sé también que oculta en sus entrañas fuego sagrado, fraternal cariño hacia la humanidad que mira abajo agitarse en estériles anhelos de libertad, en ansias de grandeza.

Sé que si el fuego que en su pecho oculta se mostrase rompiendo sus prisiones, deshaciendo la nieve de sus dudas y animando su triste indiferencia, la humanidad, que en la ignorancia gime con hambre y sed de ideas redentoras, saltaría de gozo, y fecundada por la virtud del genio, engendraría el árbol sacrosanto del Progreso.

. . . .

Mas ¿llegarán los fuegos sepultados a abrirse paso en la orgullosa cima?

LA CIENCIA DEL DOLOR

Es el dolor herencia perdurable de los humanos. Inmortal castigo, justicia o prueba, con que airado el Cielo venga la inacabable rebeldía. La mano que sostiene el duro azote es inflexible y todopoderosa. ¿Quién a sufrir se aviene? ¿Quién no anhela mitigar los rigores del tormento? El mundo desde siempre busca alivio al padecer, que abrojos va sembrando en los senderos de su triste vida... y ved lo que inventó su ciencia vana.

Dice Epicuro: «Dentro de nuestras almas, canta —plañidera monótona— el dolor.

Es oculto enemigo con que un genio envidioso pretende nuestras dichas amargar.

Apaguemos su llanto en tumulto de fiesta y su gemido en olas de placer.

Si el alma llora, en risas estallen los sentidos, y responda la orgía a su aflicción.

Ahóguese el duelo en vino, y en música el lamento, y entone el goce su canción triunfal.

Y si alguno recuerda el antiguo aforismo que afirma, necio, que es vivir sufrir, responda por vosotros vuestra carne gloriosa, gritando: ¡Mientes, que es vivir, gozar!»

Y oyó el mundo la voz de aquel filósofo, y en néctar quiso desleir sus penas, y quiso a cada grito de agonía con un canto de orgía responder... Y acaso, acaso, se engañó a sí mismo, acaso un día se juzgó dichoso; mas el grito de angustia que a una entraña el goce, hecho dolor, logró arrancar, en tierra dió con el sofisma impío, y la mano inmortal del desengaño plantó sobre sus ruinas la bandera del sufrimiento, ¡siempre vencedor!

Dijo Zenón: «El alma es grande como grandes son los cielos. ¿Cómo el dolor podrá ni un solo instante su grandeza humillar?

La frente levantemos. ¿Qué es el dolor? Fan-

tasma que engendraron en la sombra de ruines corazones ignorancia y terror.

Grande es el alma. ¿Acaso el pensamiento que venció a la Nada, el que una fe arrancó del mismo caos, su frente inclinará?

No. Si el mundo cobarde finge en su engaño a cada flor espinas; si gime, y sufre, y llora, yo en la cumbre al mundo gritaré:

¡Insensato!, no llores... Vuelve la vista a la grandeza insigne de tu inmortal espíritu, y no sufras..., ¡¡que no existe dolor!!»

El mundo, al nuevo loco rindiendo culto, dice: «El dolor no existe..., no más gemidos. Venza al cuerpo la idea y al pecho el alma. El orgullo del hombre será su égida, y erguido sobre el trono de su realeza jamás de sus pupilas brotará el llanto. ¡No hay dolor!» Una lágrima —perla entre rosas— de una niña resbala por el semblante. Llora porque hace frío, y hogar no tiene. Y al levísimo empuje de aquella lágrima, en ruinas derrumbóse todo el sistema, y la humanidad entera velóse el rostro, diciendo entre gemidos: «¡No hay esperanza!»

De los montes de Judea se alza una voz. Voz

que dice a los que sufren: ¡Venid a mí! Voz que dice a los que lloran: ¡Vuestra es la paz! Voz que dice a los que gimen: ¡Mirad la Cruz!

Los pueblos han oído la voz santa y han gustado la dicha del dolor. Desde lo alto del árbol bendecido, que el Fruto-Dios ostenta entre sus ramas, un río inagotable de consuelos sintieron a su pecho descender. Ya no hay dolor bastante para el amor que sufrimiento anhela... Y al protestar del corazón pagano, que en mar de desenfreno o de soberbia todo lamento quiso sepultar, responde el santo anhelo de la virgen cristiana que repite: «¡¡O sufrir, o morir!!»

RELIEVE

TOMAD, Flavia, este vaso —dijo el guerrero a la gentil matrona—. Encierra del Oriente la esencia más preciada. Tomadle, y sean símbolo el barro de mi cuerpo y el perfume del amor que le abrasa.»

Partió el guerrero, El vaso era ánfora de Atenas, negra y roja. En su robusto seno se desenvuelve agregia teoría. ¡Una historia de dioses! Flavia guardó el obsequio del amante. Soñaba día y noche contemplando las clásicas siluetas que el mito describían. Día y noche pensaba en el perfume contenido en el vaso, cuyo cuello de cisne cierra y sella una clara esmeralda, sujeta con el ámbar que del Norte trajeron en sus barcos los fenicios, gaviotas incansables. Mil veces,

Flavia, el alma del guerrero gozar quiso, aspirando el preciado perfume; pero nunca sus manos se atrevieron a destruir el cierre de esmeralda.

Llora Flavia. El guerrero en olvido enterró su amor antiguo, y a otra beldad inciensa. Llora Flavia y contempla tristemente, a través de su llanto, el ánfora de Atenas, negra y roja, que una historia de dioses en el airoso flanco lleva escrita. «Quiero romperte —exclama—. Quiero gozar tu incógnito perfume. Quiero saber, ¡ay, triste!, qué aroma encierra el pecho de un infame.» Rompióla. En mil pedazos saltaron hechos polvo, de los dioses, los venerandos miembros... Mas no se alzó la tempestad de aromas del seno de la ruina. ¡También el tiempo había evaporado la esencia peregrina!

LUMEN

TEA gigante, sol refulgente, fecunda idea! Esplendorosa tu luz derramas, poblando el caos con los torrentes de santo fuego. De la ignorancia la eterna noche siembras de estrellas; tú de las almas el firmamento tachonas pródiga con deslumbrantes constelaciones.

¡Hoguera mística! Tu llama oculta, vestal piadosa, guarda con celo; mas los mortales alguna chispa arrebatarle tal vez consiguen.

Y conmovidos por santo anhelo de redentores, luciente antorcha con ella inflaman, lanzando en torno, de estrellas de oro lluvia fulgente.

¡Feliz el mundo cuando la chispa brilla cual faro! ¡Feliz si en mano de almas heroicas, hacia el Progreso guían sus rayos de luz serena!

Mas... ¡desgraciado si arde la antorcha con llamas de odio, si el fanatismo se hizo su dueño!... ¡¡Pobre del mundo si el fuego santo maneja un ciego!!

LAMENTO

CÓMO quieres que cante? ¿No sabes que han pasado los días de oro en que sonríe el sol; que ha muerto el estío; que ya las nubes grises al cielo forman tétrico saya!?

¿Acaso has olvidado que no sabe de inviernos el pájaro que dicta mi canción; que sus rústicos trinos sólo a inspirar acierta en orgías de luz?

¿Te acuerdas? Yo lloraba cuando el cielo de otoño dejó su primer lágrima caer.

—No llores—me dijiste—; mientras yo esté a tu lado no existirá el invierno para ti.

No llores. En silencio asistiremos juntos, de la tierra al grandioso funeral.

Cuando pasen las hojas que el aquilón arrastre, tus ojos asustados besaré, y a tus trémulos

labios, si es que de frío tiemblan, el fuego de la vida haré sentir.

¿Qué dices? ¿Que los hielos, porque a ellos me arrancaste, nuestras dichas en ti quieren vengar; que las nieblas de Octubre, que las nieves de Enero sitio han puesto a tu triste corazón; que los cierzos apagan la llama que debiera alzarse de la hoguera de tu fe; que por eso me llamas, que por eso me pides cantares? ¡Para ti rayos de sol!

A tu lado estoy siempre. Para calmar tu angustia cien besos, si tú quieres, te daré.

Mas... no pidas que cante. ¿No sabes, mi poeta, que cuando hay nubes grises en el cielo yo no puedo cantar?

NOTAS VARIAS

LLORAR contigo? ¡Nunca! En tu regazo, a ser feliz, mi dicha escondería. Si laureles lograse, de mi frente a tus pies cayeran todos. Si supiese reir, entre tus labios —mariposas de amor—, todas mis risas irían a posarse. Si imperios poseyese, de todos ellos la mitad te diera. Pero ¡llorar contigo!... Es imposible! ¡No te amo lo bastante para poder echar sobre tus hombros la carga de mi pena!

«Explícame tu dicha», me repites, y al repetirlo ignoras que es imposible para ti, alma mía, comprender el misterio. Tú no has soñado nunca, ¡y mi dicha es un sueño! Para buscar de la vida el recóndito misterio, en la copa de la ciencia bebí una vez y otra vez. Cuando al fondo

hube llegado vi que el misterio no existe. En vez de misterio hay heces. ¡Y amargas son!

¡Imposible! No esperes que tu razón apague los ardores de mi sentir. Tú las llamas locuras, ¡y son mi fe! «¡Fe en un sueño!» —me dice tu dulce voz—. Tal vez; ¡pero es tan grato saber soñar! ...Y nadie en este mundo su fe eligió. Además, hechicera, de antiguo sé —perdón si mi locura te hace reir— ¡que es la razón del hombre un error más!

PROFECÍA

CANTA el Profeta. Destemplada el arpa, lúgubre ritmo a sus canciones da. Canta el Profeta. Exequias de infinito celebra su canción.

De un siglo y otro siglo en el lindero porvenir y pasado alcanza a ver: por eso en su cantar hay versos —lágrimas... ¡que saber es gemir!

Y dice: «El siglo ha muerto. ¡Vedle! Se hunde como piedra que al agua se arrojó. Al hundirse, la piedra siembra el agua de círculos de luz.

Al hundirse, arrastrado el viejo siglo por su propia grandeza hacia el no ser, sobre el mar de la historia roja estela de sangre trazará.»

—«¿Entonces es la sombra del pasado, sombra del mal, espectro del terror?» —«¡Hombres de poca fe, callad os digo! Callad... ¡No blasfeméis!

Siempre que quiso hacer brotar la Idea, olvidáis que la mano de Jehovah, con diluvios de lágrimas y sangre la tierra fecundó.

Hace siglos, semilla redentora santas manos vinieron a sembrar: para que el fruto del amor brotase quiso Cristo morir.

Hoy también guarda gérmenes la tierra, que sangre piden con doliente voz. Hoy también el diluvio que os espanta, benéfico será.

¡Creedme! Oid. ¿Pegando el rostro al suelo no escucháis ligerísimo rumor? Es la Idea que crece, que adelanta, ¡que al cabo ha de surgir!

¡Venid! Formemos en su torno círculo con cien pechos henchidos de pasión. Venid. Juremos cuando frágil brote su vida defender.

Otros lo harán si no lo hacéis vosotros. Venid, venid la gloria a conquistar..., ¡porque os juro que lleva el árbol místico la bendición de Dios!

Y aunque amontone nubes el infierno, y aun-

que rayos fulmine el mal querer, y aunque la mala fe le arroje piedras, ¡el árbol crecerá!

En el siglo que nace, con su sombra la tierra toda la veréis cubrir. ¡Venid! ¿Sabéis que augusta es la corona del que a la Idea amó?

¡Venid! Mi pecho porque os ama os grita como grita a la oveja el buen zagal. ¡Venid! La Idea por mi boca os dice: ¡Sed mi legión de honor!»

—«¡Profeta! Si victoria nos auguras, ¿por qué el llanto acompaña tu cantar? ¿Por qué mientras tu voz celebra el triunfo se oye tu arpa gemir?»

—«Hermanos: son mis lágrimas corona de muchos que en la lid han de caer; son las quejas de mi arpa las exequias del muerto campeón.

Que aunque la Idea extienda en los espacios de sus ramas la pompa sin igual, ¡tantos de sus ardientes defensores por ella han de morir!...

Mientras entre las sombras de su copa hagan nido cien aves y otras cien, ¡tantas ramas del árbol sacrosanto en la hoguera han de arder!...»

EPÍLOGO

Ya enmudeció la Musa, ya sus frías canciones lanzó al mundo... ¿Dónde irán a morir? Ya se rompió la lira. Ya las flores de escarcha arrastra el viento... ¿Dónde se detendrán?

Estrofas mías: quiero, antes de que emprendáis vuestra jornada, daros mi bendición. Mi bendición humilde, bendición de poeta y de cristiano: «Pasad, haciendo bien».

Si llegáis a la tierra, no por permanecer inmaculadas en la cima os quedéis. Dejad que el viento os lleve, que os arrastre a los campos y a los valles, donde hay vida que dar.

Jamás huyáis del lodo. La tierra quedará, y del fango al cielo volveréis a subir. No temáis

corromperos. Virtud que de aislamiento necesita, ¡virtud mentida es!

Cuando llegue a fundirse vuestra frágil y blanca arquitectura a los rayos del sol, no, anhelando ser perlas, enterréis vuestra linfa en el tumulto de las aguas del mar.

No perforéis la roca ansiando, hechas diamantes, ser prendidas en corona de rey. Ni a perlas ni a diamantes podréis llegar... ¡La gota de agua siempre gota de agua será!

No digáis, aunque un día lecho de flores os ofrezca el mundo: «¡Bien estamos aquí!» Recordad que en la tierra, por mandato de Dios, siempre el apóstol peregrino será.

¡Que las aguas que corren, a su paso por bosques y praderas la vida hacen surgir; y que sobre las aguas, que en el pantano eternamente duermen, flota el germen del mal!

Corred por las campiñas; entrad en los jardines y en las huertas; refrigerad la vid... Llevad en el desierto alivio a la rendida caravana; henchid el manantial...

Caed sobre las mieses; llegad hasta la humilde y solitaria maceta del balcón, hasta el fleco

de musgo que ha logrado en las grietas de la roca sus raíces prender.

Si así lo hacéis, si amantes acudís a endulzar toda agonía, toda sed a mitigar, caiga sobre vosotras la bendición de padre y de poeta que os da mi corazón.

Ábrase a recibiros la corola fragante y suntuosa del dorado alelí. Mírese en el espejo, que formen vuestros átomos clarísimos, mariposa ideal.

Y acabe vuestra vida de un lirio blanco en los sedosos pétalos, y que antes de morir, de vuestro seno surja toda la escala mágica del iris a los besos del sol...

FIN

DE FLORES DE ESCARCHA

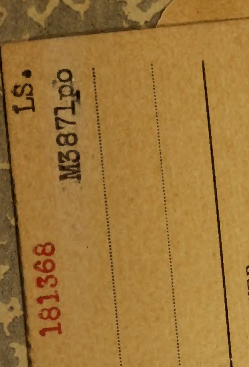
ÍNDICE

EL POEMA DEL TRABAJO

DIÁLOGOS FANTÁSTICOS

FLORES DE ESCARCHA




LS.
M3871po
181368

